

Abogado, Religioso, Martir

:—: :—: O :—: :—:

San Fidel de Sigüenza

:—: Capuchino :—:

Traducida

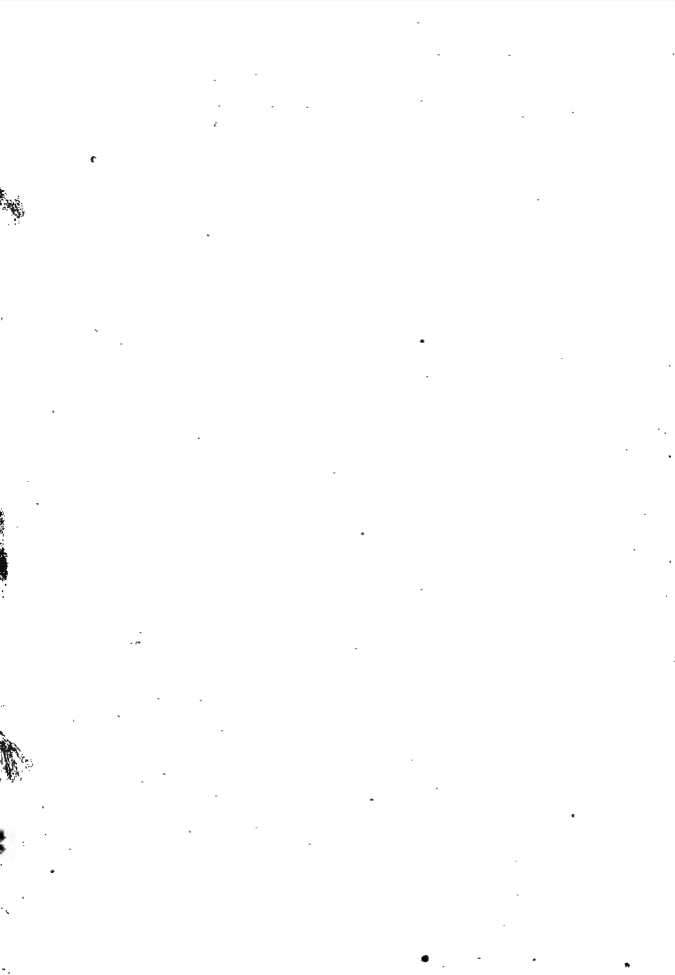
del francés por el

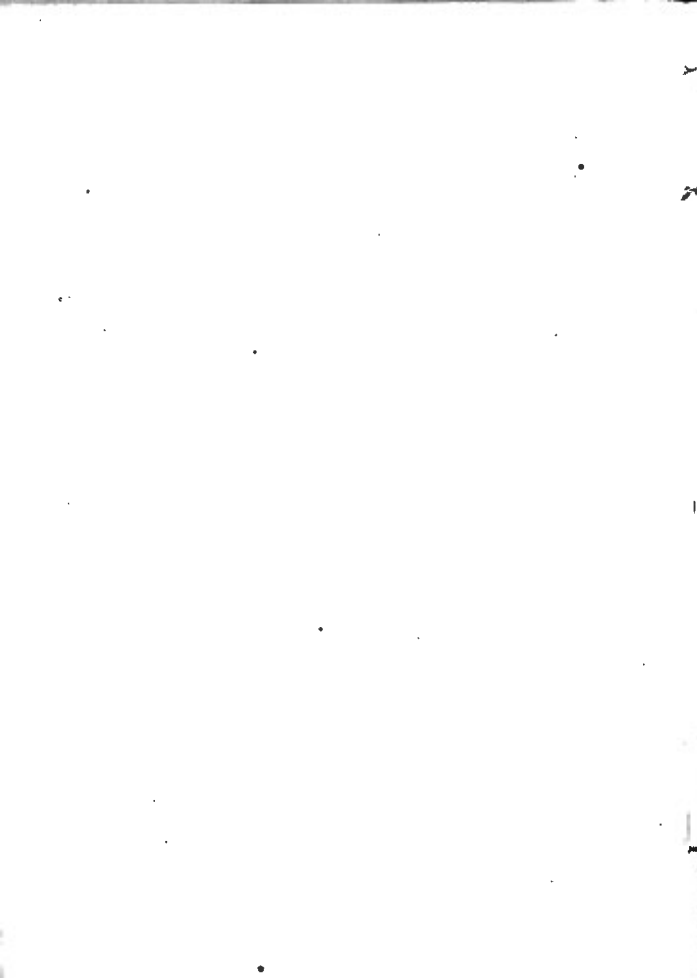
R. P. Bartolomé de Tudela

:—: :—: O. M. C. :—: :—:



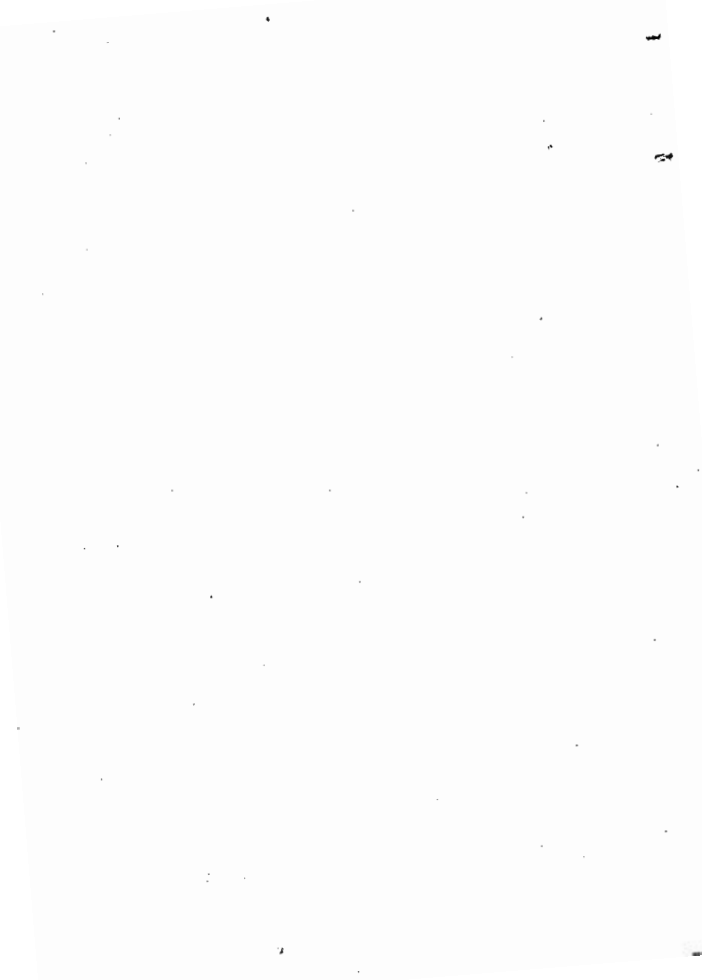








San Fidel de Sigmaringa



VIDA

DE

San Fidel de Sigmaringa

ABOGADO, CAPUCHINO Y PRIMER MARTIR

DE PROPAGANDA FIDE

por el R. P. Motte-Servolex

traducida del francés y compendiada

por el

R. P. Bartolomé de Tudela

CAPUCHINO



PAMPLONA

Imp. de Ntra. Sra. de los Dolores

1922.

LICENCIA DE LA ORDEN

Imprimi potest.

FR. ILDEPHONSUS A CIÁURRIZ

Min. Prov. Nuv. Can. Aragoniae.

LICENCIA DEL ORDINARIO

Nihil obstat

El Censor

LIC. PABLO VELLILLA DEL RINCÓN

Can.

Pamplona 3 de Junio de 1922.

IMPRIMASE

† *Fr. José, Obispo ae Pamplona.*

Por mandato de Su Excia. Ilma.; el Obispo
mi Señor,

DR. MANUEL LIMÓN

Chantre, Secretario.



AL LECTOR

DURANTE este año de 1922 las miradas de todos los Misioneros y de todos los fieles convergen hacia un glorioso ¡Mártir cuyo tercer Centenario celebra la Iglesia: **San Fidel de Sigmaringa**, Abogado, Capuchino, Misionero y primer Mártir de *Propaganda Fide*.

La circunstancia de simultanearse con este Centenario, el de la fundación de la misma Sagrada Congregación de Propaganda Fide, ha despertado entre los Hijos de la Iglesia el espíritu misional y el deseo de saber y estudiar la vida de los más heroicos apóstoles.

La vida del Santo Capuchino que abrió la gloriosa serie de Mártires de *Propaganda Fide*, no es conocida en España.

No se lee sobre S. Fidel sino la corta biografía que le dedica en su Año Cristiano el insigne Jesuita P. Croisset; pues, apenas si existe algún ejemplar de la *Vida* que en el año 1669 escribió el R. P. Felix de Granada, Capuchino de Andalucía. Por otra parte, entre los Cronistas de la Orden Capuchina que escribieron en castellano, sólo el Padre José de Madrid, traductor del P.

Marcelino de Pisa, alcanza a los años de San Fidel. Mas, aunque todos alcanzáran, no es fácil lograr la divulgación de tan voluminosos Cronicones.

En defecto de otra bien cortada pluma, he puesto la mía sobre estas cuartillas para ofrecer al público piadoso la traducción de una *Vida*, escrita por el R. P. Fidel de Motte-Servolex, procurando compendiar sus capítulos, con el fin de que el librito sea económico, popular y de propaganda.

Lisonjéome de que he prestado un pequeño servicio, siquiera sea indirecto, a la obra de las Misiones; y de que el libro vendrá en ayuda de los predicadores que este año y en los años sucesivos habrán de pregonar desde la cátedra del Espíritu Santo las virtudes y méritos de los Mártires y Santos Misioneros.

FR. BARTOLOMÉ DE TUDÉLA.

O. M. Cap.





CAPITULO I

Aurora de una vida santa

SOBRE las feraces riberas del Danubio, en el centro del ducado de Suabia, admira el viajero una risueña ciudad, capital del distrito de Hohenzollern: es la pequeña Sigmaringa, cuna de S. Fidel.

Su abuelo, obligado por la persecución protestante a tomar el camino del destierro, establecióse en Sigmaringa el año 1529.

Cuando el protestantismo iba recorriendo en son de triunfo toda la Alemania, Sigmaringa fué la única ciudad que le cerró sus puertas; y más tarde pudo gloriarse de no haber tolerado nunca a un solo hereje dentro de sus murallas, gracias al celo que desplegó su piadoso Señor, Carlos I de Hohenzollern, ahijado del emperador Carlos V.

Juan Roy, padre de nuestro Santo, por su carácter franco y leal y profundamente religioso habíase ganado la estima de todos sus conciudadanos, muy particularmente la del príncipe, quien le nombró *Consejero* de la Corte y *Burgomaestre* de Sigmaringa.

Aun le aventajaba en virtud Genoveva Rosemberger, su digna esposa. Esta mujer incomparable recibía los santos sacramentos varias veces a la semana, asistía diariamente al santo sacrificio de la Misa, y por sus prácticas piadosas parecía su casa una iglesia consagrada al servicio de Dios.

De este tronco bendito brotaron numerosas ramas. Maria, la segunda de las hijas, casó con el conde de Helfenstein, de la línea de los Hohenzollern. Jorge, el menor de los hijos, fué capuchino con el nombre de P. Apolinar; finalmente, el penúltimo, el más ilustre de todos, merece ser nombrado con el más profundo respeto: *San Fidel*.

Nació el año 1577 en el mes de Abril. Su nacimiento estuvo a punto de costar la vida a su madre. Genoveva, para salvar a su hijo, ofreció el sacrificio de su vida, pero, el Señor se contentó con su heroico ofrecimiento, saliendo bien librados la madre y el hijo, y Sigmaringa conservó esta joya que dió

a la ciudad del Danubio más gloria que los príncipes más ilustres. (1)

En el santo bautismo recibió el nombre de Marcos. Sus piadosos padres fueron los primeros maestros que le instruyeron principalmente en las verdades de nuestra sacrosanta religión, y arrojaron en su tierno corazón las primeras semillas de las virtudes cristianas que tan copiosos frutos dieron más tarde.

Visitaba todos los días la casa de Dios para oír la misa y hacer sus devociones; frecuentaba los santos sacramentos, y era tal su fervor, tan grande su recogimiento, que todos cuantos le conocían volvían hacia él sus ojos, y se preguntaban: ¿Qué vendrá a ser este niño? Durante su instrucción primaria siguió siempre el mismo tenor de vida eminentemente cristiana.


En los primeros estudios reveló ya una memoria prodigiosa, que le permitía repetir a la letra cuanto oía o leía; y quizá empezó por este tiempo a estudiar los rudimentos de la lengua latina, que más tarde habló y escribió con elegancia ciceroniana.

(1) La habitación que vio nacer al Santo está convertida en capilla. Su cuna es aún en nuestros días objeto de veneración: en ella son depositados los niños luego de bautizados.

Nada más podemos decir de la infancia de nuestro héroe, pues por la obra destructora y vandálica de la Protesta han desaparecido cuantos documentos llegaron a sus manos, referentes al catolicismo.

CAPITULO II

El estudiante

ONTABA Marcos 19 años cuando la muerte le arrebató súbitamente a su padre. Su piadosa madre, no creyéndose capaz de gobernar por sí sola una casa tan importante, contrajo segundas nupcias con un caballero profundamente cristiano que hizo las veces de padre.

Esto tranquilizó a Marcos y le permitió seguir los estudios que con tanto lucimiento había empezado.

Acabados los estudios de la segunda enseñanza, era preciso emprender ya una carrera que, según los cálculos humanos, debía decidir

de su porvenir. «Yo seré el defensor de los oprimidos» dijo en un arranque de su generoso corazón; y con este fin se dirigió a la Universidad de Friburgo (Brisgobia) donde estudió la Filosofía y el Derecho. (1598)

No tardó en unírsele su hermano menor, rivalizando ambos en celo y aplicación. Jorje cultivó las bellas artes con tal aprovechamiento, que al poco tiempo obtuvo el grado académico de *Maestro en Artes*.

Marcos dió pruebas evidentes de un espíritu penetrante, de un juicio seguro y de una constancia de hierro, tanto que profesores y discípulos llamábane el *Filósofo cristiano* por antonomasia; y lo que es más, diéronle una cátedra en la Universidad, cosa rara y excepcional.

Por este tiempo estudió las lenguas extranjeras, sobre todo la italiana, la española y la francesa.

Respetábanle todos sus condiscípulos. Para estos, Roy no era un camarada, sino un maestro consumado, y el Rector de la Universidad decía que *no había semejante a él*.

Es difícil a un estudiante, que vive fuera de su familia, mantenerse firme en el camino de la virtud. Nuestro Santo prueba sin embargo que el estudiante puede, si quiere, resistir a todos los atractivos y seducciones del mun-

do. Una pureza angelical, unida a una modesta timidez, era el mejor adorno del joven estudiante. Sus ayunos eran frecuentes y rigurosos, y áspero sobremanera el cilicio que usaba durante la cuaresma. Tenía muy presentes estas dos obligaciones del estudiante católico: *oración y estudio*.

Tal fué el santo estudiante, de quien dice el barón Stotzingen en el proceso de beatificación: «Yo no he observado en todas sus relaciones y en todos sus actos más que una vida piadosa, consagrada al servicio de Dios y digna de citarse como modelo.»

Enterados los habitantes de Friburgo del copioso fruto espiritual que los Capuchinos habían recogido en Suiza, Austria, Italia y Francia, determinaron llevarlos a su ciudad.

La provincia Suiza, correspondiendo a los deseos del pueblo, envió a Friburgo algunos de sus religiosos que fueron recibidos en triunfo por las autoridades y el pueblo, tomando posesión de su convento el año 1601 con gran aplauso de todos los católicos.


Los catedráticos de la Universidad apreciaron bien pronto la influencia que ejercía en los jóvenes estudiantes la vida austera y penitente de los Capuchinos. Muchos de ellos la abrazaron con amor y cariño, y no faltaron jó-

venes caballeros que arrojaron de sí el cinturón y la espada, para ceñir su tosca cuerda.

El pequeño convento de Capuchinos de Friburgo, con sus numerosos novicios acusaba de una manera sensible este movimiento religioso. De los jóvenes que recibieron el hábito capuchino, muchos eran conocidos de nuestro Santo; algunos habían sido sus discípulos; pero nadie impresionó tanto su alma, como uno que le dió el adiós para entrar en dicha Orden: era su propio hermano Jorge. En 1604 trocó la librea del mundo con la del claustro, y dejó su nombre del siglo para llamarse P. Apolinar de Sigmaringa.

CAPITULO III

De viaje

 El barón de Stotzingen y su esposa, llevados de su admiración hacia el apuesto joven de Sigmaringa, rogáronle acompañase a su hijo en el viaje que con otros jóvenes aristócratas iban a emprender por diversos países de Europa. Aceptó Marcos, reservándose no

obstante su completa libertad para hacer durante el viaje sus ejercicios piadosos.

Dios, que facilita a sus escogidos los medios de cumplir su misión providencial, parece haber dispuesto este viaje, para que el Santo tuviese ocasión de estudiar a fondo al enemigo, por cuya conversión debía trabajar. Este enemigo era el protestantismo, cuyo cruel proselitismo había llegado a la sazón a su más alto grado de efervescencia.

En Inglaterra corrió a torrentes la sangre de millares de católicos, seglares, sacerdotes y religiosos, sacrificados por la sanguinaria Isabel. No pocos fueron desterrados o arrojados en oscuros y estrechos calabozos. Llegó su fiera hasta hacer subir las gradas del patíbulo a su inocente prima María Estuardo.

En Francia eran recientes las guerras encendidas por los hugonotes. Hablábase mucho de veinte mil iglesias destruidas, y de una multitud innumerable de sacerdotes, religiosos y seglares horriblemente asesinados. «He ahí la obra de los protestantes,» decían millares de voces, expresando tristeza.

Marcos Roy debía encontrar más tarde en la Recia (1) los mismos horrores.

(1) La Recia era una región suiza que comprendía el actual cantón de los Grisones (Suí-

«Durante su viaje por Francia, dice el barón de Stotzingen, Marcos tomaba parte en las controversias públicas, ora en las Academias, ora en los Clubs protestantes, refutando la doctrina antirreligiosa y antipatriótica de los *reformados*. Los jurisconsultos franceses no podían disimular su admiración ante aquel joven caballero alemán, que trataba las cuestiones más arduas con tanta facilidad como los que han encanecido en el estudio del Derecho y la Teología.» Después de su visita a Francia, recorrió Italia y parte de España.

«Casi todas las mañanas, sigue diciendo el barón de Stotzingen, se acercaba a los santos sacramentos, sobre todo en las festividades de Jesucristo, de la Virgen y de S. Francisco de Asís, e invitaba a sus compañeros de viaje a hacer lo mismo... Observaba con escrupulosidad los ayunos y abstinencias; llevaba cilicio, y tomaba con frecuencia la disciplina. Para mí y para cuantos le trataban, Marcos era un *santo*.

«Contribuyó sin duda a conservar tan gran pureza en sus costumbres, la tierna devoción que profesaba a la Virgen. Ayunaba con rigor todos los sábados en honor suyo, jamás se dis-
za), parte del Tirol (Austria) y de Lombardía (Italia).

pensó de rezar cada día el oficio parvo y el rosario.»

Terminado felizmente este viaje que habría durado seis años, llegó la hora de separarse de aquellos buenos amigos. Entre lágrimas y sollozos abrazaron todos a Marcos, quien les dijo al despedirse: «No olvidéis que sois nobles, y que la verdadera nobleza consiste en la virtud... que habeis sido criados para el cielo, y que este no se nos promete sino a título de recompensa: una vida santa es el único camino que nos ha de conducir a él.»


Marcos reanudó sus estudios de derecho canónico y civil en la misma Universidad.

En 1611 tuvo el consuelo de asistir a la primera misa de su hermano, el P. Apolinar. Algunos días más tarde sufrió Marcos su último examen; y es fácil adivinar con qué éxito. Su profesor Andrés Zimmerman había ya declarado que no era posible encontrar en la ciudad ni en la Universidad de Friburgo uno solo que dominase mejor el derecho que Marcos Roy. El 7 de Mayo de 1611, a presencia de numeroso y selecto público fué graduado doctor en derecho civil y canónico en medio de las felicitaciones y aplausos unánimes de aquella concurrencia. Así lo declaró el rector de la Universidad cuatro años después de la muerte

del Santo en documento público, que hace honor a su conducta irreprochable y a su aplicación y talento nada vulgar; documento que no reproducimos por su extensión.

CAPITULO IV

El abogado

N sus deseos de servir al pobre, al huérfano y a la viuda, y decidido a ser el vengador de las familias oprimidas, había abrazado con verdadero cariño la carrera de abogado; y terminada esta, abrió su bufete en Ensisheim (Alsaxia) capital entonces de uno de los estados Austriacos, residencia de uno de sus Gobiernos. Adquirió gran crédito en aquella corte, y honrábase con la amistad de su paisano el conde imperial Carlos II de Hohenzollern-Sigmaringa. Pocos meses después fué nombrado Asesor del Tribunal Supremo de Justicia.

No tardó en llegar su reputación a lejanas tierras, y su gabinete veíase materialmente

asaltado por los clientes. Tenía suma habilidad para arreglar amistosamente a las partes litigantes antes de acudir a los tribunales. En su lenguaje brillaban la prudencia, la dignidad y erudición, sobre todo una claridad meridiana aun en los asuntos más intrincados.

Su amor a la justicia, su desinterés absoluto valiéronle el título de abogado de los pobres y defensor de los oprimidos, que todos le daban unánimemente. Era, como Job, ojo para el ciego, pié para el cojo y padre de los pobres.

Como el Santo afirmó más tarde, presidían los debates judiciales la corrupción, la malicia y la injusticia, y esto excitó su justa indignación. El abogado Roy no podía atemperarse a la voluntad de sus colegas, que insistían tenazmente con él para que siguiera su innoble proceder, lleno de fraudes, engaños y mentiras. ¿Cómo luchar contra todos? preguntábase a sí mismo. ¿Cómo salvar mi alma?

La gracia, obrando de concierto con estos temores, inspiróle un género de vida más conforme a su corazón. ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Este pensamiento le decidió a abrazar la vida religiosa.

Tres Ordenes llamaban poderosamente su

atención: la de cartujos por su amor a la soledad; la de jesuítas por su cultura y celo por la salvación de las almas, y la de Capuchinos. Después de larga y fervorosa oración, se decidió por esta última, pues en ella encontraba la oración de los cartujos y el celo de los jesuítas.

Movióle a esta elección el ejemplo de tantos hombres ilustres por su nacimiento y saber que renunciaban los honores y las riquezas para abrazar la vida austera de los hijos del Penitente de Asís. En Alemania y en Suiza se ensalzaba la heroica caridad del P. Esteban de Unterwalden y de otros muchos que habían sacrificado su vida asistiendo a los apesados. Italia estaba legítimamente orgullosa con S. Lorenzo de Brindis, cuya elocuencia y milagros tenían gran resonancia en todas las naciones de Europa. El humilde fraile San Serafín de Ascoli y el ilustre misionero San José de Leonisa añadían nuevos florones a la aureola seráfica. Bélgica veneraba, llena de admiración al austero Benito de Canfeld, protestante convertido. En el ducado de Saboya se hablaba de las maravillas obradas por el P. Juan de Mauriena. En Francia, los hijos de las familias más distinguidas tenían a gran honra vestir la librea capuchina.

Citaremos a tres a quienes el Santo debió conocer en su viaje a Francia: El V. P. Honorato, hijo del primer presidente del parlamento real, Bouchart de Champigny. Era el P. Honorato uno de los primeros oradores de Francia. (1)

El P. Angel, duque de Joyeuse, primo de la familia real, volvía a vestir el hábito capuchino, que había dejado momentáneamente para impedir que Enrique IV ocupara el trono antes de abjurar el protestantismo.

El P. José, señor de Tremblay, llenaba la Francia con la fama de su predicación y de sus virtudes, antes de llegar a ser el consejero íntimo de Luis XIII, el confidente de Richelieu, y según dice un historiador, «la estrella polar de Francia.» ¿Habría encontrado Roy en el curso de de sus viajes a alguna de estas celebridades de la Orden? Es probable. Por otra parte tenía ante sus ojos ejemplares no menos edificantes. En 1612 vestían el hábito franciscano dos licenciados, a poco un maestro en artes, luego el rector del seminario de Wolfegg, y maestro en bellas artes por la Universidad de Friburgo. Preguntábanse los pueblos si la Universidad no acabaría por hacerse pronto

(1) Actualmente se trabaja en la causa de su beatificación.

franciscana. Estos ejemplares eran para Roy otros tantos llamamientos de la gracia, a la que finalmente hubo de ceder.

CAPITULO V

En el Paraiso terrenal

LLENO de gozo se dirige Marcos al convento de Friburgo, y arrodillado en presencia del P. Provincial de los Capuchinos, solicita con humildad el hábito franciscano.

Al pronto fué desechada su petición, temiendo el P. Provincial que su edad y condición no se habituarían a la austeridad del claustro. Vuelve Marcos a suplicar y acaba por doblegar al buen Padre. Este exigió no obstante para probar mejor la sinceridad de su petición, que recibiera antes los órdenes sagrados, incluso el presbiterado.

Gracias a sus estudios anteriores y a su doctorado en Derecho, pudo recibir el orden del presbiterado en Septiembre de 1612. Lleno de

reconocimiento a las misericordias de Dios, el nuevo sacerdote entonó un himno de acción de gracias, encendido como el canto de un serafín, que podríamos llamar el *Exultet* de un alma sacerdotal.

Era el 30 de Septiembre 1612 cuando Marcos Roy, dando un adiós a su familia y a todas sus amistades, se encerró en la pequeña celda del convento de Friburgo, donde su alma debía abrirse a la ciencia de los santos bajo la dirección del P. Angel de Milán.

Al día siguiente de su entrada en el convento empezó a escribir un devocionario seráfico titulado: *Ejercicios de devoción seráfica*, llamado por los doctos *joya* de la literatura religiosa.

El 4 de Octubre, festividad de S. Francisco de Asís, celebró Marcos su primera misa en la iglesia de Capuchinos ante inmensa muchedumbre que había concurrido para presenciar el acto heroico que iba a llevar a cabo el ilustre abogado. Después de la misa y después de los ornamentos sacerdotales, arrodillóse ante el altar, y recibió el habito seráfico de manos del P. Angel, quien al imponerle el nombre de Fidel, le dijo: «Sé fiel hasta la muerte, y recibirás la corona de la vida.» Con esto el joven abogado vino a ser el humilde

Capuchino, P. Fidel Sigmaringa, como le llamaremos en adelante.

Sus compañeros de noviciado no se hartaban de contemplar con admiración siempre creciente, su austeridad y humildad religiosa. Buscaba en todo los trabajos más viles. Castigaba su cuerpo sin piedad, imponíase numerosas privaciones en la comida y bebida. Su obediencia era la de un religioso perfecto. Era, en una palabra, modelo para toda la comunidad, principalmente para los novicios.

Pasados algunos meses de noviciado asaltó su alma violenta tempestad. Parecían resonar en sus oídos las súplicas de los pobres, de las viudas y de los huérfanos: «Tantos desgraciados, gritaba el tentador, han quedado abandonados; vuelve a defenderlos; Dios lo quiere.»

Durante largas semanas su corazón vióse invadido por sombría tristeza. Rogaba con fervor, mas el cielo tornábase de bronce. Sería esta mi vocación? repetía, afligiendo su cuerpo con sangrientas maceraciones. Dios puso término a esta prueba, diciéndole por medio del Maestro de novicios: «Animo, hijo mio: el infierno es quien ha levantado esta tempestad. Rogad con confianza a María estrella de la mañana, y os vereis libre de ella». Dócil a esta

voz, el novicio recobró la paz. «Oh felicidad a ninguna otra comparable, exclamaba, ser todo de Dios, vivir con el único pensamiento de agradarle.»

CAPITULO VI

Alistamiento sagrado

TERMINADO felizmente el año, se dispuso a unirse estrechamente con el divino Crucificado por medio de los votos solemnes; mas antes hubo de disponer definitivamente de sus bienes, ateniéndose a las prescripciones de la Regla de S. Francisco.

Su testamento resume toda su piedad y su amor a Jesucristo. «Desnudo salí del seno de mi madre, dice en él, y desnudo de todo lo terreno me arrojó a los brazos de Jesucristo.»

Huelga decir el buen uso que dió a sus cuantiosos bienes. Entre las mandas pías que dejó, merece consignarse el capital que destinaba para becas en el seminario; capital que se conserva todavía en Sigmaringa, y que

evaluado en 1863 ascendía a 7.600 florines o sea 23.275 ptas.

Llegó el 4 de Octubre de 1613, y el P. Fidel pronunció sus votos a la edad de 35 años. Quedaban colmados sus deseos. Había escrito antes: «Oh amado de mi alma! ¿Cuándo removerás los obstáculos que me impiden unirme a tí? Escúchame, tú que eres las delicias de mi alma, no en virtud de mis méritos, sino por tu misericordia infinita. ¡Oh belleza infinita, cuán tarde te he conocido! cuán tarde te he amado, beldad siempre antigua y siempre nueva! ¡Oh, cuán feliz soy ahora. Vivía sin amarte; yo no te había conocido. Estabas en mí, y yo te buscaba fuera de mí. Al fin, ya te he hallado.»

Hecha su profesión, el antiguo jurisconsulto tuvo que frecuentar todavía las aulas, para terminar el estudio de la teología. Sus progresos fueron rápidos y prodigiosos. No tardó en penetrar los secretos más íntimos de la teología, ciencia la más excelente, y reina de todas las demás. Estos progresos se debieron a las raras cualidades de su profesor, el P. Juan Bautista. Era este maestro hijo de un canciller del rey de Polonia. Joven todavía, visitó, acompañando a su príncipe, la Alemania y la Italia. En Milán conoció al arzobispo S. Carlos Bo-


rromeo. Un día, recibida de sus manos la sagrada comunión, sintió en sí vivos deseos de alistarse en la Orden de S. Francisco, y no paró hasta conseguirlo del santo arzobispo. Fué durante cuatro años profesor y confesor del P. Fidel. Veamos el testimonio que da de su santo discípulo. «El P. Fidel poseía un juitan maduro y tan clara inteligencia, que le distinguían muy mucho de sus condiscípulos. De un humor alegre siempre y sereno, permitía adivinar que su alma sin ser escrupulosa, poseía una rara inocencia. Atrévome a decir que, lejos de haber cometido pecado mortal, solo tenía que reprenderse faltas veniales muy ligeras. Su corazón ardía en fuego santo del amor a Dios y al prójimo. Todas sus palabras y acciones iban siempre acompañadas de una prudencia extremada y de encantadora modestia. En fin, sostengo que el P. Fidel era modelo de virtud; a mi modo de entender, muy superior a todos los religiosos.»

Pasemos a ver su obra en medio de los pueblos que debía evangelizar.



CAPITULO VII

El predicador

L Padre Fidel, excelente abogado en otro tiempo, aprendió en la soledad a ser un excelente predicador. Era alto de estatura, su frente despejada, regular la barba y el cabello rubio oscuro. Su mirada, aunque viva, tenía una dulzura natural que cautivaba al oyente y dejaba en su alma una impresión imborrable. Su voz era vibrante.

A la prudencia, al saber, a un conocimiento perfecto de los hombres, añadía una noción muy elevada de la dignidad del predicador. Lleno de desconfianza en sí mismo, imploraba con ardor el auxilio de lo alto, y pasaba una hora ante el sagrario antes de predicar. Cada día purificaba su alma en el Sacramento de la penitencia. Mas, no se crea que esta era la única preparación de sus sermones. En aquellos que se conservan, los pensamientos profundos, las numerosas citas de la S. Escritura y de los SS. Padres, la armonía de las ideas y la ma-

nera hábil de presentarlas nos prueban a las claras que el Santo trabajaba bien los sermones.

Explicando en cierta ocasión la resurrección de Lázaro y las lágrimas que derramó Jesús sobre su sepulcro, afirmó que el Salvador pensaba en aquellos momentos en el hedor del cadaver espiritual, esto es, del alma muerta por el pecado mortal. «Jesús llora, y nosotros pecadores permanecemos tranquilos, satisfechos, como si nada malo hubiéramos hecho. Hemos pecado; ¿que hacer ahora? No lloraremos lágrimas de arrepentimiento? Pobre pecador, qué es lo que vé Cristo en tí, que le affige y le hace llorar? Es tu alma muerta, y sobre ella se desconsuela y llora. El te pregunta: ¿Dónde la has puesto? ¿en las riquezas? Sal del sepulcro. No pongas en ellas tu corazón; porque es más difícil entrar un rico en el reino de los cielos que una maroma por el ojo de una aguja. ¿Dónde la has puesto? ¿En la usura? en los intereses? Sal del sepulcro; de qué te servirá ganar todo el mundo si pierdes tu alma? ¿Dónde la has puesto? ¿Quizá en las pasiones emponzoñadas de la carne? Pues, ni los impúdicos, ni los adúlteros entrarán en el reino de los cielos. Sal del sepulcro antes que hagas de tus pecados un hábito maldito, antes que empieces a despedir hedor por tus malos

ejemplos; antes que tus pies y manos se vean atadas por la dificultad de obrar el bien; antes que en tu rostro deje marcadas sus huellas la lujuria; conviértete... sal del sepulcro; no tardes en dejar el pecado. Aun cuando seas un Lázaro, muerto de cuatro días, Cristo te llama: *Lazare, veni foras*, levántate y sal fuera.»

Bendijo Dios sus trabajos, y fué incalculable el fruto que recogió en los pueblos, ora en el púlpito, ora en el confesonario. No faltaban empero desgraciados que oían con disgusto la verdad desnuda de labios de nuestro predicador. En Altdorf, un señor de la alta sociedad fué a verle después de unos sermones, y le dijo: «Padre, si quereis comer aquí buena sopa, debéis predicar de otra manera. ¿Y qué me importan a mí vuestras sopas?» respondió el Santo: Tened entendido que yo no predico porque no me falte vuestra comida, sino que digo lo que me dicta mi conciencia.»

El cantón de Uri (Suiza), el Voralberg austriaco y Alsacia fueron los lugares donde ejerció su apostolado el P. Fidel durante sus primeros años de predicador. Sus dotes oratorias empero, pedían un campo más vasto y más difícil donde ejercitarse, y la Providencia se lo tenía preparado.

Examinemos ahora más de cerca sus sentimientos religiosos, y deleitémonos con el perfume de la virtud que practicó dentro y fuera del convento.

CAPITULO VIII

Constelación de virtudes

UN artículo de las Constituciones de los Capuchinos prohíbe que sea elegido Superior el religioso que no lleve cierto número de años en la Orden. Esto no obstante, hubo de hacerse una excepción con el P. Fidel; ya en 1618 fué nombrado Guardián de Rheinfeld; luego, de Friburgo (Suiza) y últimamente de Feldkirch, cargo que desempeñó hasta su martirio.

Todos los contemporáneos que hablan de él, hacen elogios unánimes de su talento administrativo y de la dulzura de su carácter; era afable con todos, sin ser débil; indulgente, no pusilánime. Si usó siempre de tolerancia cuanto lo pedía la prudencia o la caridad, tuvo la

firmeza necesaria para mantener en vigor la disciplina regular, cortando todo abuso con paternal severidad. Nunca se hartaba de dar gracias a Dios por el beneficio de la vocación religiosa. «Una pena tengo, decía, y es haber entrado tan tarde en la Orden.»

Si estimaba la vida religiosa en su justo valor, sabía también practicar sus virtudes. Era pobre, a imitación del Seráfico Padre. Mientras fué superior, excluyó de su convento toda provisión superflua, y a veces negábase a sí mismo lo necesario. Esto no obstante, velaba con sumo cuidado para que nada faltara a sus hermanos, sobre todo a los enfermos.

De la pobreza nace naturalmente la verdadera humildad, y S. Fidel lo probó en sí mismo, llegando a la perfección de esta virtud. El célebre abogado de otros tiempos, doctor en filosofía y en ambos derechos, consejero de los príncipes, vivía entre sus hermanos, como si fuera el último de ellos: trabajaba en el cultivo de la huerta, lavaba la vajilla, barría el convento, etc.

Conservó limpiísima la pureza de su corazón. «Jamás noté en él la falta más ligera contra la pureza de su corazón» ha escrito su Provincial, el P. Matías de Reichenan; y uno de sus amigos dice: «Su pudor era tan grande, que no podía evitar el sonrojo cada vez que se

veía en la precisión de pasar junto a una mujer, o de hablar con ella.» La pureza, dice el Espíritu Santo, es un lirio que para crecer y desarrollar su corola, necesita estar rodeado de espinas. Estas espinas tutelares eran en el P. Fidel, la práctica de una mortificación heroica. Ayunaba las siete cuaresmas que acostumbraba ayunar el Penitente de la Umbría, o sea casi todo el año. El viernes limitábase su comida a un solo plato. Desde la Asunción de la Virgen hasta la festividad del arcángel S. Miguel, contentábase con una comida, y no pocos días con un solo plato: durante toda la cuaresma no tomaba nada por la tarde. En las vigiliass de las fiestas de María Santísima, de los apóstoles y del Padre S. Francisco ayunaba a pan y agua. Eran estas mortificaciones tanto más meritorias, cuanto el rigor de la temperatura de Suiza y Austria reclama para el cuerpo una alimentación más abundante que en los países cálidos.

En los viernes, sábados y vigiliass de la Virgen y de los Santos de nuestra Orden usaba un cinturón de hierro, erizado de puntas, y éranle familiares las disciplinas sangrientas; privábase del sueño necesario, pasando gran parte de la noche en la oración y en otras tareas de su cargo.

Austero para sí mismo, era todo bondad y

dulzura para los demás, sobre todo para los enfermos, a quienes visitaba con frecuencia y les servía en sus necesidades.

Para hacer brillar en su vida esta constelación de virtudes, Fidel oraba sin cesar, siguiendo en esto el precepto de Jesucristo. No contento con las muchas oraciones que acostumbraba hacer la comunidad, dice Benedicto XIV, añadía él otras muchas particulares, principalmente el oficio de la Virgen y el del P. S. Francisco.


Llegó a tal extremo su devoción, que el portero del convento de Feldkirch, Fr. Meinrad, temiendo que su querido P. Guardián comprometiese su salud por la falta de sueño, se tomó la libertad de decirle: «Padre mio, es preciso que modereis vuestra devoción y cuideis más de conservar vuestras fuerzas.»

Su oración, ardiente y filial siempre que se dirigía a Dios, revestía el carácter de inefable ternura cuando la dirigía a la Santísima Virgen.



CAPITULO IX

Devoción a María

 **T**ODOS los Santos se han distinguido por una tierna devoción a María. Y se explica claramente. Nadie puede llegar a la perfección sin las gracias abundantes del cielo, y sabido es que María es la dispensadora de las gracias. No obstante, esta devoción ha revestido en S. Fidel un carácter excepcional, atendida la misión que hubo de cumplir. Predestinado a combatir una herejía que rechaza el culto de María y niega su intercesión, recibió las gracias proporcionadas a la magnitud de esta empresa. He aquí por qué desde sus primeros años dió pruebas extraordinarias de su piedad hacia la Madre de Dios, y trabajó sobre manera por extender su culto. Durante sus estudios ayunaba con rigor y entregábase a sangrientas maceraciones todas las Vigilias de la Virgen; más tarde un poco de pan y agua constituía todo su alimento.

Rezaba todos los días el rosario y el oficio

parvo de la Virgen. La archicofradía de Ntra. Sra. del Carmen era su favorita y procuraba que todos sus amigos ingresasen en ella.

Desde los primeros días de su noviciado reveló toda su piedad hacia María en su librito, *Ejercicios espirituales*. Cuantas gracias pide en las oraciones de este libro, pídelas por la intercesión de María.


Valíase de todas las ocasiones para hacer amar e invocar a la Virgen Santísima. Distribuía entre los fieles, y sobre todo a los peregrinos que acudían a Ntra. Sra. de los Ermitaños en Einsiedeln, un folletito que había escrito sobre el modo de rezar el rosario. Sólo o acompañado rezaba siempre el *Ave Maria* cada vez que sonaba el reloj. Antes de celebrar la Santa Misa dirigía a María una plegaria que la Iglesia ha insertado entre las oraciones preparatorias para la misa, y que empieza: «O mater pietatis et misericordiæ... Es también del Santo la que empieza: «O Sancte N. ecce ego miser peccator... que se halla entre dichas oraciones.

Caminando un día a Mayenfeld dijo el P. Fidel a su compañero Fr. Sinesio: «Dos cosas pido sin cesar por intercesión de la Santísima Virgen: no caer jamás en pecado mortal, y dar mi sangre y mi vida por Dios. Tengo la fnti-

ma persuasión de haber sido escuchado por los méritos de la Virgen. Así me lo ha manifestado Dios repetidas veces en la misa y en la oración.» Dicho esto, apercibiéndose que estaba hablando contra costumbre de si mismo y de gracias extraordinarias recibidas del cielo, enmudeció; y luego, confundido de haber hecho esta revelación, prohibió terminantemente al Hermano hablar de ella mientras él viviese. Cuando suene la hora de salir de Feldkirch y Grünsch, para ir a recibir la corona del martirio, al pie del altar de la Virgen dará el adiós de despedida, y por María pedirá afrontar las luchas de la muerte: en fin, antes de espirar, sus labios moribundos pronunciarán los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

CAPITULO X

El capellán militar

A época en que vivió S. Fidel semejaba un volcán en actividad, y podemos llamarla la era de las grandes revueltas políticas y religiosas en las naciones civilizadas. Los

jefes protestantes conspiraban a cara descubierta contra el imperio de Austria. Para ellos el emperador era *culpable de defender la religión católica*, y tenían jurado sacudir el yugo de su autoridad por cualquier medio que fuese. En todas partes veíase fermentar la sedición, y el pueblo excitado sobremanera, clamaba por una guerra inminente. El archiduque Leopoldo de Austria, queriendo conjurar el peligro, reforzó las guarniciones del Voralberg, y principalmente la de Feldkirch, su capital, donde acantonó buen número de batallones supernumerarios. El P. Fidel fué nombrado capellán de los mismos. Nadie más indicado que él para este ministerio: el conocimiento de las lenguas extranjeras, su poder sobre los corazones y su probada virtud parecían designarle para este oficio.

Para apreciar mejor la influencia que ejerció en el ejército, bueno será recordar que estos soldados reclutados acá y acullá, fueron modelos de dulzura, de sumisión y de moralidad. Pronto se ganó la confianza de todos. Comprendió que el soldado necesita de un amigo que se interese por él con verdadera abnegación, y esto cabalmente es lo que practicó con todos. Cuando había que reprender alguna falta, no se detenía ante los galones. Si era oficial o jefe el que faltaba a su deber,

llevaba su reprensión como el último de los soldados. Tenía un don especial para asistir a los moribundos. Los soldados enfermos miraban con simpatía la muerte, una vez preparados por el P. Fidel; y los condenados a muerte querían a todo trance que el Padre les acompañara hasta el lugar del suplicio, pues esto les hacía más soportable la muerte.


La peste húngara hizo su aparición en el ejército y causó numerosas víctimas. El P. Fidel se multiplicaba por asistir a los apestados y llevarles los auxilios espirituales, y aún obtuvo la licencia del comandante en jefe para trasladar los soldados enfermos al convento, donde fueron objeto de los más tiernos cuidados.

En fin, en el cuartel, en el hospital, en las ambulancias, la aparición de un ángel del cielo no habría causado alegría más grande que la presencia del P. Fidel.



CAPITULO XI

El Padre de la Patria

I hemos de dar fé a los historiadores, en Feldkirch y sus alrededores era proverbial el desorden de las costumbres. Los pesimistas comparaban la sociedad de entonces a una bacanal envuelta en riquezas y embriagada en placeres. Habló en cierta ocasión el P. Fidel con tanta vehemencia contra el lujo desenfrenado de las mujeres, motivo de perversión y ruina de las familias, que levantó una verdadera tempestad. Se murmuraba públicamente contra el capuchino que osaba hablar con tanto atrevimiento y tan poca consideración. Personas de alta categoría tachábanle de indiscreto e imprudente. Mas, a todas las opiniones humanas anteponía la voluntad de Dios, y decía que sacrificaría gustoso su vida por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Supo el Santo que el senado de la ciudad había acogido favorablemente una reclamación de altos personajes al frente de los cuales fi-

guraba la clase femenina. Queriendo evitar a miembros del Senado el embarazo de una citación judicial, se presentó espontáneamente ante la asamblea. Expuso con libertad su conducta; recordó sus deberes al primer magistrado, pintó un cuadro del desorden de las costumbres y de la impiedad creciente, e insistió en la necesidad de poner un dique a aquel torrente devastador. Todos unánimemente aprobaron su opinión. El Senado votó un reglamento destinado a contener el curso desbordante del lujo, del libertinaje y del desprecio de las leyes de la Iglesia; prohibió en absoluto la venta de libros o escritos contrarios a la religión católica, y mandó inspeccionar las librerías y arrojar al fuego todas las producciones de la mala prensa.

No contento con esto, escribió el P. Fidel un opúsculo titulado: *De articulis fidei catholicae* para contrarrestar los efectos causados por la prensa herética.

Es incalculable lo que trabajó por la unión y paz de las familias. A él acudían todos en sus diferencias como árbitro de notoria competencia y jamás defraudó las esperanzas de las partes litigantes, mereciendo el dictado de *ángel de paz*.

El cariño especial con que defendió siempre los intereses de los pobres oprimidos, le

valió el título de *abogado de los pobres*.

Otros le llamaban *consejero universal*, y de hecho lo era. Las personas más notables por su ciencia y dignidad, oficiales, magistrados, sacerdotes, obispos, consultaban con el P. Fidel sus asuntos más delicados.

Algunos meses después de empezado este apostolado, la ciudad de Feldkirch y sus alrededores eran desconocidos en cuanto a sus costumbres. Habían desaparecido los malos libros, se guardaba la modestia cristiana en los vestidos de las mujeres; se clausuraron los centros de desorden, vinieron a ser raras las fiestas profanas; desaparecieron las enemistades más inveteradas, y la concordia trajo la felicidad a todas las clases de la sociedad.

Llenos de reconocimiento hacia el denodado misionero todos los habitantes, sin distinción de religión ni de fortuna, le otorgaron de común acuerdo el título de *Padre de la Patria*.



CAPITULO XII

Taumaturgo y Profeta

BÁRBARA Furtémbach, jóven de una familia patricia estaba terriblemente atormentada por el pensamiento de su eterna condenación; no había consuelo para ella, y no hacía otra cosa que llorar día y noche. El santo, que lo supo, fué a ver a su madre y la consoló diciendo que traía un remedio para curar a su hija. Confesóse ésta con el Padre, y recibida la absolución, quedó enteramente curada.

Visitó el P. Fidel a Verónica Quadrienn, gravemente enferma y deshauciada de los médicos; la oyó en confesión y tocó con la extremidad de su cordón; besóla la moribunda y se durmió profundamente. Al despertar, declaró que al contacto del cordón del P. Fidel, le había curado una virtud milagrosa.

«He sido favorecido con distintas revelaciones,» había dicho el Santo a su amigo Fr. Meinrad. He aquí algunas:

A un soldado, ordenanza de un jefe supe-

rior, amenazó que moriría a espada, si no renunciaba a la blasfemia. Desoyó el soldado esta amenaza y a poco uno de sus camaradas en una riña le atravesó con su espada y pereció súbita y miserablemente.

En un pueblo de la Alsacia, a una jóven aristócrata, orgullosa y arrogante anunció un castigo que la reduciría a una humillación extrema. La jóven casó con un hereje que fué bién pronto la ruina de la familia: aquella jóven arrogante vino a ser una mujer vulgar, condenada a devorar las amarguras de toda clase de humillaciones.

Anunció en otra ocasión las grandes calamidades que sobrevinieron después a los grisones. Al coronel de Ballón, comandante de las tropas, dijo: «Los soldados serán batidos en Recia como gallinas.»

Profetizó también la insurrección de los de Rezia contra el príncipe, y las pérdidas y desastres que esto causaría. Gaspar Kleckler, jefe del ejército católico, oyó al Santo esta triste declaración: «Todos vuestros soldados morirán asesinados por los bárbaros a causa de su fidelidad inquebrantable al archiduque de Austria.» La predicción tuvo entero cumplimiento.

La profecía más veces repetida fué la de la época y género de su muerte. Todos los

días dirigía á Dios antes de la misa esta súplica: «Dadme un conocimiento interior de la hora de mi muerte.» Al empezar la misión en el Prätigau, dijo: «Espero reducir a los extraviados; mas, ellos me darán la muerte.» Al salir de Feldkirch, anunció a los magistrados, a sus amigos y hermanos que no volvería a verlos en este mundo. «Fr. Fidel que será pronto pasto de gusanos. Fr. Fidel, que será muy pronto pasto de gusanos.» Así firmaba las cartas conforme veía aproximarse la fecha de su martirio. Y aún llegó a firmar los últimos días que vivió en Feldkirch. «Fr. Fidel que será dentro de unos días pasto de gusanos.»


Cuando volvió al Prätigau para ser allí asesinado, anunció que aquel país caería en poder de los enemigos, pero que sería reconquistado por los austríacos con muy pocas pérdidas de parte de éstos. La profecía tuvo entero cumplimiento.

Isabel Lanzín, de Feldkirch, se aparecía después de muerta a una pariente suya, llamada Bárbara, con el rostro cubierto de mortal tristeza, lanzando gritos horribles al describir las penas que sufría en el purgatorio. Espantada Bárbara con estas repetidas visitas, acudió al P. Fidel, y éste la consoló y tomó a su cargo libertar aquella alma. Desde entonces nada vió ni oyó Bárbara en su casa; pero

en cambio aquellas voces y gemidos dejábanse oír en el Convento de Capuchinos, hasta que un día se apareció Isabel radiante de alegría al P. Fidel y le dijo: «He sido ya libertada y me voy al cielo: allí rogaré para recompensaros.» Dicho esto desapareció.

CAPITULO XIII

El campo de batalla

L cantón de los Grisones, cuya parte nordeste evangelizó nuestro Santo, es uno de los principales de la Confederación helvética.

En 1425, Juan II, Obispo de Coira, hizo donación del Prätigau con otros bienes al duque Federico.

El carácter de los grisones era irascible, rayano en bárbaro. La Reforma encontró en los grisones terreno abonado para llevar sus frutos de perdición. Prontos a lanzarse al mal, los fieros Recios recibieron con entusiasmo una doctrina que abría la puerta a todos los

vicios. En los tribunales se prostituía la justicia y vendíase al mejor postor. Contribuyó también poderosamente a la propagación de la Reforma la situación política, sobre todo en la Alta-Recia. Los protestantes hallaron aquí elementos que trabajaban por sacudir el yugo de Austria. Una avalancha de ministros protestantes invadió el país, predicando la resistencia a los jefes civiles y la apostasía de la religión católica.

Pronto estalló la guerra entre herejes y católicos. Vencedores en un principio los primeros, cortaron la cabeza al Justicia austriaco del castillo de Castels y al capitán del príncipe-obispo de Fürstemberg. Juan V, Obispo de Coira escapó de la muerte mediante la fuga. Las violencias contra los católicos estaban a la orden del día. En Valtelina no podían mandar sus hijos a los colegios de los jesuitas.

En 1618 los ministros del error establecieron en Thusis un tribunal o corte marcial con un poder dictatorial para deshacerse de todos aquellos que se negaban a sublevarse. Por su orden fué decapitado el tío de los nobles Rodolfo y Pompeyo Planta, jefes del partido católico, y se puso precio a la cabeza de sus sobrinos, así como a la del obispo de Coira: el arcipreste de Sondrio, Nicolás Ruska, murió en el tormento por el único crimen de comba-

tir los errores de Zwinglio. Los mismos horrores se cometieron en la Engadina y Valtelina. En esta última región, cansados los habitantes de sufrir tantos atropellos por parte de los secuaces de la Reforma, armáronse contra ellos y en un solo día mataron de tres a cuatro cientos, sin contar las mujeres y niños. «Fué esto, dice el protestante Juvalta, consecuencia natural de las violencias ejercidas por los tribunales de Thusis y Dabos, que habían provocado la indignación de las gentes.»

El 25 de Febrero de 1621 una horda mandada por dos dogmatizantes asesinó en su propio castillo a Pompeyo Planta, gobernador austriaco, y los jefes de la revuelta urdían nuevos complots. Austria salió por fin de su apatía. El archiduque ordenó a sus tropas de Feldkirch y Montafon ocupasen los pasos del Prätigau. Austriacos y españoles batieron a los rebeldes, cuyos jefes fueron severamente castigados y el tratado de Milán vino a reparar los desastres de la guerra religiosa.



CAPITULO XIV

Primeros combates

EN medio de estas revueltas político-religiosas, el P. Fidel no temía evangelizar a los Recios. Muy conocido del obispo de Coira, estimado y amado de los soldados austriacos, cuyo capellán seguía siendo, penetraba con frecuencia en los principados de Mayenfeld y de Malans. Descubría con claridad meridiana las mentiras de los herejes y presentaba las pruebas de la verdadera fé. Muchos protestantes de buena fé despreciaban a los evangelizantes y los miraban con razón como revolucionarios políticos. Su actividad entre los grisonos fué increíble, e hizo un sinnúmero de conversiones entre los soldados y los paisanos.

Una de las principales conquistas del Santo fué la del Sr. Rodolfo de Gugellberg, de Malans. El fervor con que el Padre rezaba el oficio (lo hacía siempre de rodillas, aun delante de los soldados) había producido en él viva impresión. Tuvieron ambos una entrevista en

la que se discutieron varios puntos de nuestra fé. No sabiendo cómo escapar al torrente de pruebas contundentes, Gugellberg, pidió un plazo que aprovechó para consultar con un ministro protestante. Este, desconcertado, negóse a contestar. Comprendió Rodolfo la razón de esta negativa y abrazó la religión católica, recibiendo los sacramentos de la penitencia y de la comunión.

Como su palabra no podía llegar a todos aquellos extraviados, escribió numerosas apologías, que hizo llegar a todas partes. Este apostolado fué sobremanera fecundo; muchos herejes, convencidos de la falsedad de la Reforma, entraban o volvían a la Iglesia católica. Mas la mies era abundante, y el P. Fidel, aunque infatigable, no podía bastar para una tarea cada vez más importante. El cielo iba a cubrir aquél déficit.

La autoridad eclesiástica y la civil estuvieron de acuerdo en escoger a los Capuchinos para evangelizar aquella región. El obispo de Coira, Juan V, los había llamado ya en 1604 a su diócesis y a la Engadina y Valtelina. «Estoy plenamente convencido, escribía, que el restablecimiento de la paz religiosa en nuestros dominios, donde la religión debe luchar por la existencia, depende en gran parte de la

presencia de los misioneros Capuchinos.» Y Paulo V: «Es un hecho confirmado por una larga experiencia que los Capuchinos, que imitan tan bien en su género de vida a los apóstoles, son los más indicados para estas tareas apostólicas.» Maximiliano de Baviera, Ernesto y Fernando de Austria llamaban a los Capuchinos para preservar a sus pueblos de la herejía, no obstante haberse educado ellos con otros religiosos.

A petición de Paulo V, el General de los Capuchinos envió a la Recia algunos religiosos bajo la autoridad del P. Ignacio de Bérgamo el año 1621. El Papa Gregorio XV escribió un Breve a Leopoldo V: «No basta, dice, haber sometido este país al Austria; es preciso además arrancarlo de la tiranía de los poderes del infierno. Para este fin se hace necesario llevar Capuchinos, jesuitas, u otros obreros de la viña del Señor.» El archiduque no vaciló en llamar a los Capuchinos y escribió al P. Provincial, formulando su petición. En el mismo sentido le había escrito varias veces el Nuncio apostólico. Designado fué para esta misión el P. Fidel con otros dos compañeros, que fueron el P. Alejo de Kurweiler y el P. Juan de Krüwangen. El P. Fidel fué destinado a la región más difícil; a la tierra que iba a beber su

sangre, el Prätigau. El apóstol la aceptó con entusiasmo.

CAPITULO XV

En el Prätigau

Hacia poco que el Prätigau había renunciado a la fé católica. (1608.) La primera población que encontró el P. Fidel fué Seewis. Había luchado largo tiempo contra los embates de la herejía, pero su porfiada y laudable resistencia vino a trasformarse en una incomprendible rabia herética. El héroe tomó posesión del terreno, celebrando en el silencio de la noche el augusto sacrificio de la misa. Parecía salir del Crucifijo esta divina súplica: «Almas! almas! dame estas almas por las cuales he muerto en la cruz.» Las almas! el valiente apóstol va a lanzarse a su conquista con los compañeros de su heroísmo.

Las primeras luchas que hubo de sostener le vinieron de los predicadores de la herejía. Uno de éstos declaró después de su conver-

sión que «ellos rabiaban al ver a estos religiosos oponerse a la herejía con tanto ardor y conseguir tantas conversiones.» «Predican con tanta claridad, decían ellos, es tan ardiente su celo, y su vida tan arreglada, tan pura, que si se les deja trabajar, la Alta-Recia tornará pronto al catolicismo.»

El P. Fidel sobresalía entre los demás por la perfección de sus virtudes y pasmosa erudición. Los predicadores del error meditaban el modo de parar los pies al misionero. Reunidos en conciliábulo, convinieron en que el medio más sencillo de librarse de él era promover una sedición en el pueblo para sacudir el yugo del archiduque Leopoldo, celoso defensor de la fé. Aplaudieron todos este proyecto.

Para conseguir mejor sus propósitos, establecieron por todo el país sociedades secretas a modo de francmasonería. Estas sociedades estaban divididas en secciones. La sección llamada *lazo de la casa de Dios* se reunió en Coira y acordó fundar un colegio evangélico en Sondrio, medio eficaz para combatir el catolicismo. El obstáculo más temible que encontrarían sería el arcipreste de dicha ciudad, Nicolás Ruska. Comprendieronlo los partidarios de la Reforma y deshiciéronse de él por medio del asesinato.

Esta violencia no hizo adelantar los proyectos de los herejes; su prestigio iba de capa caída. «El capuchino Fidel, decían, ha conquistado la amistad del país.» Se excogitaron medios mil para atajar los progresos de la predicación del capuchino. En un *conciábulo* ó reunión de los ministros evangélicos, habido en la Alta Engadina bajo la presidencia de *Lucius Pappa*, cierto Simón tomó la palabra y pronunció un discurso que se creería vomitado por el mismo Satanás. Después de relatar los triunfos del P. Fidel, sus simpatías entre altos y bajos, su amistad con el archiduque, su desprecio hacia los fundadores de la Reforma, terminó diciendo: «Ea! combatamos a ese criminal que así lucha contra nosotros y contra nuestra doctrina: hay que deshacerse de él a toda costa.» Electrizados por este discurso gritaron todos: «Muera! muera el P. Fidel! matémosle!» A propuesta del presidente se acordó promover una sedición entre los Reacios. «Alejados de su príncipe católico, decía, no tardarán en sacudir el yugo de la Iglesia romana.» Obedeciendo a este plan, se promovió una revolución en la Baja Engadina y en el Prätigau contra el cetro de Leopoldo V.



CAPITULO XVI

Siempre el enemigo

DE obra sobrehumana puede calificarse la misión del P. Fidel en el Prätigau. «Este pueblo es grosero, como lo demuestran sus costumbres; tiraniza á los obispos, a los religiosos y sacerdotes. La fé católica casi ha desaparecido, se la odia. Los predicantes no retroceden ante ninguna calumnia, y achacan al clero romano los vicios más afrentosos.» Tal era el cuadro poco consolador que Juan V, obispo de Coira, trazaba en una carta al Romano Pontífice.

El P. Fidel tenía previstas las persecuciones que le esperaban, y las anunció antes de salir de Feldkirch, añadiendo que tenía la muerte segura. Estratega inteligente, organizó una guerra en regla contra el error. A los sermones de los protestantes oponía su palabra ardiente, a sus malos ejemplos la santidad de su vida. Se le vió anunciar con intrepidez las verdades católicas a los herejes más obstina-

dos, proponer a los principales sectarios conferencias contradictorias. Pastor amoroso, corría en alas de su celo tras las ovejas descarriadas para reducirlas al aprisco de Jesucristo. Subía montes escarpados, erizados de precipicios, atravesaba valles, sufriendo hambre, sed, frío, lluvias y nieves. Nada le detenía cuando se trataba de visitar enfermos, administrar los Sacramentos, recibir la abjuración de los protestantes convertidos y confirmar a los fieles en la fé. Extenuado por el trabajo del día, por todo descanso le aguardaba con frecuencia una miserable choza de pastor o un pobre establo abandonado, abierto a los cuatro vientos. Su comida se reducía no pocas veces a un pedazo de pan seco y duro: su sueño era muy breve; pasaba las noches preparando sus instrucciones y orando por los herejes.

Tropezó el P. Fidel con un obstáculo el más desesperante para los misioneros; las uniones criminales. «Muchos, decía, han repudiado a sus mujeres legítimas para vivir con mujeres herejes, y en modo alguno quieren separarse de ellas.» Sus mismos jefes, Martín Lutero, Teodoro de Beza y Calvino estaban encadenados por lazos criminales. A pesar de este obstáculo, tenía el consuelo de ser instrumento y causa de muchas conversiones.

Vivía en Zizers el conde Rodolfo de Salis, señor tan distinguido por su erudición como por su apoyo decidido al partido reformado de la Alta-Recia. Este señor que había tenido ocasión de oír los discursos del P. Fidel y de admirar la pureza de su vida, decía: «Hay que atraerlo a la Reforma; su ciencia y su elocuencia nos serán de gran utilidad.» Con esta esperanza le invitó a una discusión. Aquí esperaba a Rodolfo la gracia. El día de la Purificación de la Santísima Virgen una concurrencia inmensa, en su mayoría protestantes, presenciaba la abjuración del conde. Con este motivo pronunció el P. Fidel un discurso que tuvieron todos por inspirado. «Vosotros que estais aquí presentes, dijo en la peroración, por qué tardais en imitarle? Si hay alguno entre vosotros que quiere seguir el ejemplo del señor de Salis, que dé un paso adelante.» La gracia se derramó sobre aquella muchedumbre y casi todos avanzaron hacia adelante gritando que estaban ya convertidos. Había entre estos neófitos dos alcaldes, un gobernador, un funcionario público con su esposa y el sacristán de un predicante.

Atendía también con sumo cariño a sus queridos soldados. Tanto en Feldkirch como entre los grisones convirtió a muchos soldados

herejes. Joaquín de Colonna, barón de Fels, comandante de las tropas del Prätigau, escribe: «El P. Fidel era todo caridad para protestantes y católicos. A éstos recomendaba que no molestaran a ningún protestante, antes usaran con ellos de misericordia.»

Hariamos traición a la verdad, si dejáramos de consignar que el P. Fidel tuvo dos poderosos auxiliares en los PP. Juan y Alejo. El nombre del P. Juan aparecerá con frecuencia en este relato. Del P. Alejo dice el nuncio apostólico al P. Provincial de Suiza: «Es un verdadero capuchino, gran siervo de Dios, y doy gracias al Altísimo por haberlo traído a la misión de los grisones.»

CAPITULO XVII

Insurrección sangrienta

LAS numerosas conversiones de herejes excitaron contra el P. Fidel el odio de los predicadores calvinistas. «Semejantes a los frenéticos atormentados por una fiebre violen-

ta, que se arrojan sobre el médico que viene a curarlos, éstos salvajes maquinaban la muerte del misionero que les traía la salud.» (Benedicto XIV.)

Algunos asesinos comprados por ellos apuñalaron en Clus al gentil hombre Antonio de Gugellberg cuando iba en busca del P. Fidel para abjurar la herejía. En uno de sus bolsillos fué hallada una carta de un amigo suyo de la Valtelina, en la que le decía: «Andad con tiento, y que se cuiden también el P. Fidel y demás capuchinos, porque se ha tramado contra ellos una sangrienta conjuración.» Tal era la bondad *evangélica* de aquellos pastores protestantes.

El Santo veía con claridad meridiana las señales precursoras de la tempestad inminente. En todos sus discursos y cartas de este tiempo vése el anuncio del fin próximo y sangriento que le esperaba: dolorosa profecía que iba acentuándose más de día en día. Continuó, no obstante, su obra con más valor y heroísmo. Registraba las bibliotecas de los predicantes ambulantes, destruía los libros malos, trabajaba por introducir el calendario gregoriano. corregido algunos años antes, visitaba con frecuencia las iglesias de su territorio, y procuraba las mejoras necesarias o convenientes de

las mismas. Por su palabra de fuego e indulgente caridad habíase ganado el respeto y el amor de sus mismos enemigos. Muchos iban secretamente a conferenciar con él, a exponerle sus dudas. Por este medio obró numerosas conversiones en la región de los Zizers. Sabían esto los ministros calvinistas y lanzaban rugidos de rabia.

Reunióse de nuevo el conciliábulo evangélico de la Alta-Engadina y acordó enviar inmediatamente una embajada al archiduque Leopoldo, exigiéndole rompiera toda relación con los misioneros. Al mismo tiempo que se hacía un llamamiento a la benevolencia del archiduque, se trabajaría con todas fuerzas en levantar contra él a los habitantes de la Baja-Engadina y del Prätigau.

«Así como David, decía el predicante Goian, derribó a Goliat, y esto bastó para poner en fuga al ejército filisteo; del mismo modo triunfaremos cuando los habitantes del Prätigau tomen las armas y asesinen a los misioneros y a los soldados.» «Abajo el Austria! mueran los Capuchinos!» gritaron todos los evangelizantes. La muerte del P. Fidel fué decretada, y señalado el levantamiento para el 24 de Abril. Goian dió el primer ejemplo de esta insurrección. Protegido por un escuadrón

de la milicia que los herejes tenían acuartelada en Sus, recorrió los campos dando el grito de guerra. «Abajo el archiduque!» Un hermano suyo, predicante como él, obraba del mismo modo, y derribaba los altares. En Grüsich el predicante Bonarandi amotinó al pueblo de la misma manera. Otro, llamado Stoppan, se dirigió hacia Mayenfeld, al frente de un pelotón de revoltosos y luchó contra los soldados austriacos. Herido de muerte, dijo antes de expirar: «La guerra de los federados es una guerra por la santa religión; por eso muero contento.»

Los tres Padres, a pesar de su pasmosa actividad, no bastaban a las necesidades siempre crecientes de la misión. El obispo de Coira suplicó al P. Provincial enviase nuevos misioneros al campo de batalla en ayuda de los veteranos.



CAPITULO XVIII

La Sagrada Congregación
de la Propaganda.

EL año 1599 un religioso capuchino de Saboya, el P. Querubín de Mauriena, colaborador de San Francisco de Sales en la conversión del Chablais, propuso a Gregorio VIII estableciese en Roma una Congregación que tomase a su cargo la dirección de todas las misiones del mundo. Mereció el proyecto la aprobación del Papa, pero no llegó a efecto sino veinte y tres años más tarde. Fue pues, el P. Querubín el primer promotor de la S. C. de Propaganda: Dejemos la palabra al historiador protestante Rauke: «Florecía por aquel tiempo en Roma un gran predicador, el P. Jerónimo de Narni, que por la santidad de vida mereció la veneración general y la reputación de santo: llevaba al púlpito una grandeza de pensamiento, una pureza de expresiones, una majestad de exposición que cautivaba a todos los oyentes. Belarmino después de oírle predi-

car uno de sus sermones, decía: «Creo que de las tres cosas que deseaba haber obtenido San Agustín, me ha sido concedida una; la de oír a San Pablo.» El cardenal Ludovisi fué su protector y costeó la impresión de sus obras. Este capuchino concibió la idea de extender esta institución de la *Propaganda*. Siguiendo su consejo, se fundó una Congregación que en sesiones regulares se ocupase de la dirección de las misiones en todas las partes del mundo.»

Este fué el origen de esta Propaganda, cuyo primer mártir fué San Fidel, celestial patrono, y uno de sus más ricos florones.

Ocupábase la Propaganda con cuidado particular de la misión de la Alta-Rezia. Había enviado ya de Roma al P. Ignacio con amplios poderes. Escribió además al Nuncio apostólico que atendiera con actividad a los asuntos de esta misión. Con este fin Monseñor Scappi acompañado del P. Alejo acudió al Capítulo de Baden y en él, el Nuncio y los superiores de común acuerdo nombraron al P. Fidel Prefecto de la misión de los Grisones. A petición del Obispo de Coira se le agregaron los Padres Victor de Soleura y Dionisio de Friburgo y Fr. Junípero del Tirol.


Tanto el P. Provincial como el Nuncio apostólico escribieron al P. Fidel. El primero le

nombraba superior de todos los capuchinos misioneros de la Alta-Recia. El segundo le daba amplias facultades para absolver a toda clase de herejes, cismáticos, excomulgados, etc. debidamente confesados y hecha primero la abjuración de sus errores, facultades valederas para todo el tiempo que permaneciese en dicha misión, y que podía comunicar según su voluntad a los misioneros que tenía a sus órdenes. Por estos documentos el P. Fidel fué confirmado misionero de la Congregación de la Propaganda; pero no pudieron llegar a sus manos: antes de llegar el correo, el P. Fidel había sucumbido a los golpes de sus verdugos, viniendo a ser el proto-mártir de esta Congregación, y el portaestandarte de tantos mártires como han salido de su seno. Así lo declara Benedicto XIV en la bula de su canonización.



CAPITULO XIX

Adiós a Feldkirch

L domingo de Ramos el P. Fidel dejó el gobierno de la misión en manos del Padre Alejo y se retiró a su convento de Feldkirch para entregarse a la meditación de su Salvador crucificado: aquella fué para él la soledad de Getsemaní. En estos días supo que la rabia de los predicantes iba en aumento. Convencido de que nada podía amansar a aquellos tigres, sedientos de sangre humana, estudiaba un medio de preservar a las almas del torrente de la herejía y de convertir a los herejes fanatizados por sus pastores. Con este fin preparó un bill u orden disciplinaria que sometió a la aprobación de las autoridades eclesiástica y civil. El obispo de Coira la aprobó con grandes encomios; el gobernador austriaco, Luis de Baldirona, se encargó de publicarla y de hacerla cumplir. En el capítulo siguiente hablaremos de esta orden, objeto de recriminaciones por parte de los historiadores enemigos.

El día en que el P. Fidel debía dejar para siempre su querido pueblo de Feldkirch estaba próximo. Fácil es adivinar en qué aprietos se vió su corazón. Sabía por revelación que esta era la última vez que veía su querido Feldkirch, la última oración que elevaba al cielo desde la capilla de su convento, la última conversación con sus hermanos. Cien veces había hablado de su fin sangriento, como de un hecho que no admitía duda. En Feldkirch y en sus alrededores no se hablaba de otra cosa que de la muerte próxima del P. Fidel. La última vez que predicó en la parroquia dió el último adiós a los fieles. La víspera de su partida, 13 de Abril, presentóse en la Casa de la Villa, y después de recordar a los magistrados sus deberes, les dió su última despedida, no pudiendo contestar aquellos sino con lágrimas.

Al día siguiente, día de su partida, transportado de un ardor seráfico, abrasado en ese fuego divino que hizo a los apóstoles intrépidos ante los peligros y crueles suplicios, exployó su corazón delante de Dios en mil fórmulas de amor: después, prosternado ante el tabernáculo, con el rostro inflamado, encomendó al Redentor su misión, y se ofreció en sacrificio de expiación por los pecados de los pueblos, cuya conversión iba a intentar una

vez más. Arrodillado ante el altar de la Santísima Virgen, sus ojos no podían arrancarse de la imagen de su madre tan tiernamente amada; hirió el pecho con profundos suspiros, besó el suelo de la capilla, saludó a María y se alejó.

Su querido compañero Fr. Sinesio no le dejaba ya un momento, semimuerto de pena ante la idea de perder un Padre tan bueno y tan santo. «¡Que Dios te guarde, hijo mío! díjole el P. Fidel: esta es la última vez que me ves en este estado.» Y a su hijo espiritual Fr. Meinrad: «¡Adiós! Ya no volveré más de la Recia. Va a estallar pronto la insurrección en estas comarcas y yo seré asesinado.» Estrechábanle entre sus brazos los religiosos, mudos de dolor y deshechos en llanto. Este espectáculo partía el corazón. El Padre, arrancándose de los brazos de sus hermanos, a quienes amaba con un amor paternal, salió del convento en dirección a la puerta de Coira. Los habitantes de Feldkirch en masa seguíanle con los ojos y quedaban pasmados ante la alegría extraordinaria que se reflejaba en el rostro del *Padre de su patria*. En todas estas almas, al lado de un amargo dolor, vibraba la emoción de un presentimiento sublime. Veían que este héroe caminaba hacia la más brillante de las victorias, aquella victoria que

consiguieron los mártires en las arenas de Roma y Cartago en testimonio de este artículo del Símbolo: *Creo en la Iglesia católica, apostólica y romana.*

CAPITULO XX

Ultimos días



COMPAÑADO del P. Juan y absorto en la oración y meditación, el P. Fidel se dirigió hacia el Rhín, atravesando fértiles llanuras que la primavera había cubierto de flores. A la vista de Clus, en la entrada del Prätigau, después de predecir la pérdida y reconquista de este valle, dijo al P. Juan con aire risueño: «No saldré vivo de esta comarca.»

A su entrada en el Prätigau encontró a los pueblos en una efervescencia de mal agüero. Los semblantes sombríos, los ojos torvos; todo hacía prever la explosión de una tormenta formidable contra los misioneros Capuchinos. Ganados a la revolución, sus habitantes afec-

taban aun una sumisión hipócrita a la milicia austriaca, mientras que preparaban en secreto las armas necesarias para la guerra. Todo lo tenía previsto y anunciado el P. Fidel. «Llegará un momento en que las gentes del Prätigau caerán sobre nosotros con garrotes, nos apalearán y henderán con sus espadas nuestras cabezas.» Los soldados austriacos no dieron importancia a estas palabras del misionero. «¡Andad con tiento! decía a aquellas víctimas del error. Si echáis al archiduque por una frontera, volverá a entrar por otra, llevándolo todo a sangre y fuego.»

La revolución arrojó de repente la máscara y ya no se recataban de lanzar insultos públicamente al clero y a los soldados austriacos. El Prefecto Apostólico asistió con el capitán de Colonna a una asamblea popular en Seewis. El apóstol aprovechó la ocasión para hablar a los paisanos de la fe, exhortándoles a volver «a esta fe, única verdadera, que había sido la fe de sus padres.» Un estrépito infernal de gritos, silbidos y aullidos impidió al Santo continuar su discurso.

Reunidos en Grtisch en casa del barón de Fels, este, el gobernador y el P. Fidel, acordaron publicar inmediatamente y hacer cumplir la Orden disciplinaria. Convocado al efec-

to el municipio de la villa, expuso Baldirona el objeto de aquella reunión, y acto seguido dió lectura a la siguiente Orden.

1.º Serán expulsados del país todos los predicantes;

2.º Queda prohibido a los habitantes todo culto herético, zuingliano, calvinista, etcétera, que esté en pugna con la santa Iglesia romana, tanto dentro como fuera del Prätigau;

3.º No se permite reunión alguna secreta, donde se lean libros heréticos;

4.º Todos los habitantes, hombres, mujeres, niños y criados están obligados a asistir a la predicación y al catecismo so pena de pagar la multa, de no estar impedidos por los quehaceres domésticos u otros motivos razonables;

5.º La predicación y catecismo tendrán lugar todos los domingos y días festivos, mas una vez entre semana. Entra en vigor en el Prätigau el calendario gregoriano;

6.º Nadie debe recibir la fe católica ni abjurar la religión que hasta aquí ha venido practicando, sin ser antes instruído por medio de la predicación, catequesis y conferencias familiares. El abrazar la fe y renunciar a la herejía debe hacerse con sinceridad de conciencia. En consecuencia, nadie debe ser for-

zado a la misa, y menos a confesarse;

7.º Permitase a los católicos, para el libre ejercicio de su religión, levantar donde quiera altares y púlpitos para la predicación;

8.º Los individuos de todos los municipios están obligados, bajo severas penas, a guardar el juramento de fidelidad a la autoridad archiducal; los recalcitrantes deben ser denunciados al gobierno de Coira.

9.º Todo aquel que asista a la predicación y catecismo, y no comprenda alguna cosa está autorizado para pedir explicaciones a los misioneros Capuchinos, quienes resolverán con gusto todo género de dudas. Seráles igualmente permitido discutir libremente con los Padres;

10.º Cada individuo debe comunicar su opinión, cualquiera que sea, sobre todas y cada una de estas prescripciones, al gobernador, Luis de Baldirona, y este las transmitirá al archiduque.

Acabada la lectura, el P. Fidel prometió escuchar con la mayor benevolencia a cuantos quisieran pedirle explicaciones. Dióse por terminada la reunión sin más incidentes.

De acuerdo con el Prefecto Apostólico, convocó el gobernador otra reunión en Luzein. Se intentó hacerles aceptar la Orden;

todo fué inútil. Los paisanos, excitados por los ministros herejes, respondieron con mil groserías al documento. «Defenderemos hasta el fin, si es preciso, con las armas, la fe que nos han enseñado los predicantes,» clamaron a una voz.

Detengámonos un instante ante sus clamores. Antes de que oigamos sonar la hora sangrienta que ellos invocan, juzgamos necesario refutar las calumnias lanzadas por los protestantes a propósito de la Orden disciplinaria.

CAPITULO XXI

Lobos y corderos

LA publicación de la Orden recrudesció más y más el odio contra el Catolicismo, y muy particularmente contra el jefe de los misioneros. Los ministros de la Reforma vociferaban contra la intolerancia y tiranía, y muchos de sus historiadores se han hecho eco de estas quejas. En esta ocasión, como en tantas

otras similares, los protestantes considéranse como víctimas. Mentira completa y atrevida es la acusación que se lanza contra la intolerancia de S. Fidel. Si alguna falta tiene nuestro Santo, es la excesiva blandura con que trató a sus enemigos. Veamos de qué lado están los lobos y de cual los corderos.

El cargo más grave formulado contra el Prefecto Apostólico es haber exigido la expulsión de los predicantes y prohibido el culto herético. Para justificar estas medidas y todas las otras de la Orden basta recordar algunos principios elementales de derecho natural.

Todo gobierno tiene el derecho y el deber de amparar, en la medida que le sea posible, las buenas costumbres, de reprimir el bandidaje, de defenderse contra sus injustos agresores, cualesquiera que estos sean: derecho y deber cuyo libre ejercicio requiere la fuerza, cuando los demás medios son insuficientes.

Todo gobierno cristiano tiene el derecho y el deber de proteger la religión de Jesucristo: para esto, antes que para todo, ha recibido la espada de la justicia: tiene pues, el derecho y el deber de servirse de ella para oponerse, aun con la fuerza, a la invasión *violenta* de la herejía. Ahora bien, la Reforma entrañaba la corrupción de las costumbres y las revolu-

ciones políticas. Nada más natural. Aprobando todos los pecados, exceptuada la incredulidad, abría la puerta a todos los vicios. Ya desde sus principios llegó a tal punto la corrupción, que alarmó a los mismos protestantes. «Poco podemos alardear de continentes: cada día vemos acentuarse más y más toda clase de corrupción.» (Sacerio).

«El libertinaje ha hecho entre nosotros progresos tan espantosos, que ya no se le mira como un mal, y aun llegan a considerarse los actos de disolución como obras de subido mérito.» (Hopenrodt.) Basta con el testimonio de estos dos protestantes. El mismo Lutero veíase forzado a confesar: «Desde la predicación de nuestra doctrina, el mundo se vuelve cada día más malo, más impío, más desvergonzado.»

La Reforma había introducido en el Prätigau todos estos desórdenes, y al igual que en otras comarcas infestadas de su veneno, produjo en él revueltas políticas. No pudiendo conseguir los herejes que apostatase el gobierno, trabajaron por derribarlo, siguiendo la norma trazada por Lutero: «Los monarcas, príncipes y señores que forman parte de la turba de Sodoma (de la Iglesia Romana) deben ser atacados con toda clase de armas. Hay que lavarse las manos en su sangre.» ¡Ay! el

maestro fué desgraciadamente obedecido por los grisonos. Los protestantes, es cosa probada, emplearon los medios más violentos, el destierro, la prisión, el hierro, el fuego, para sacudir el yugo de Austria y destruir la religión católica. ¿Quiénes eran los principales factores de tamaños desmanes? Los predicantes.

¿Qué castigos impondría el gobierno católico de Austria a los rebeldes de la Alta-Rechia que habían jurado sacudir su yugo y hacer morir a los misioneros? Según el código de la justicia humana, merecían estos criminales, sedientos de sangre católica y reos de lesa majestad, la pena de muerte, o cuando menos de cadena perpetua. Siguiendo los consejos del P. Fidel, el archiduque limitóse a expulsar a los predicantes, autores de la insurrección.

Frente a todos esos escritores de la Reforma que se revuelven contra la tiranía de la Iglesia católica, veamos lo que dice otro protestante: «La Iglesia católica me merece el más profundo respeto. Miro su dignidad, su libertad, su autoridad moral, como esenciales a la suerte de la cristiandad entera.» (Gizot.)

El último artículo de la Orden señalaba un

plazo para que cada uno manifestara al gobernador su opinión acerca las prescripciones de la misma. Este *referendum* era un camino más fácil y justo para librarse de su cumplimiento, que no una manifiesta y sangrienta revolución.

Veamos más claramente dónde estaban los lobos, y dónde los corderos.

CAPITULO XXII

Muerte sangrienta

DECHA la proclamación de la Orden disciplinaria en Luzein, tomó el P. Fidel el camino de Grüşch. Ante el temor de alguna asechanza, quiso el gobernador darle una escolta de soldados, mas el misionero no la admitió. Con todo, sin él saberlo, cuatro mosqueteros fueron encargados de seguirle a cierta distancia para acudir oportunamente en su auxilio, si los herejes intentaban acometerle.

El 23 d : Abril, sábado, llegóse al P. Fidel

en Grüschi una comisión de protestantes de Seewis invitándole a predicar al día siguiente en su pueblo. A esta invitación añadieron aquellos hipócritas: «Estamos pesados del escándalo que promovimos durante uno de vuestros sermones, y juramos que en adelante tendremos calma y os seremos obedientes.» Fidel, que comprendía todo el valor de estas afirmaciones, dijo a su compañero: «No espero cosa buena de los habitantes de Seewis: su lenguaje no es sincero: iré, no obstante, para cumplir hasta el fin los deberes de mi ministerio.»

Llegó la mañana del 24. El P. Fidel se confesó de madrugada con el P. Juan, y envió al príncipe-abad de Saint-Gall una carta de despedida en la que hablaba claramente de su próxima muerte. Celebró la santa misa con una devoción tal, que edificó sobre manera a todos los circunstantes. Después de la acción de gracias, subió al púlpito y habló a los soldados sobre la blasfemia. De repente se paró, faltábale la palabra, palidece su rostro, permanece su cuerpo inmóvil como en éxtasis. Poco a poco fué volviendo en sí, pudiendo acabar el sermón con una elocuencia arrebatadora. ¿Qué es lo que pasó en su alma? Probablemente habíale dado Dios a entender el

género de muerte que le esperaba algunas horas más tarde. Terminado el sermón, se arrodilló ante el altar, oró con gran fervor y levantándose lleno de valor, fué delante de la muerte a Seewis acompañado del capitán, barón de Fels y de algunos oficiales y soldados. Caminaba con una alegría indecible, cual atleta seguro de la victoria, y llegó a Seewis hacia las nueve de la mañana. ¡Estaba la iglesia de bote en bote. Todos aquellos corazones palpitaban de una emoción feroz. Subió el Padre Fidel al púlpito, y antes de empezar, estuvo unos momentos pensativo, absorto, como si le hubiera sobrevenido algún grave acontecimiento. Después de su muerte se averiguó que había encontrado en el púlpito un papel con estas palabras: «Predicarás hoy, mas este será tu último sermón.»

Habló de la vanidad y del amor propio, demostrando que casi todos los pecados dimanaban de estas dos pasiones de nuestra naturaleza viciada. Oyóse de repente un ruido espantoso. Los soldados que custodiaban la iglesia fueron asesinados, y una bala dirigida contra el P. Fidel, fué a dar en las paredes del púlpito, sin causar mayor daño. Víctimas del pánico los oyentes se dieron a la fuga. Bajó el P. Fidel del púlpito y cayó de rodillas

al pié del altar. Acercóse a él el sacristán y le aconsejó que no saliese de la iglesia en vista del peligro que le amenazaba. «Buen hombre, respondió el misionero, estad sin cuidado. yo no tengo apego a la vida; la he puesto en las manos de Dios y en las de su santísima Madre.» Dicho esto, salió por la puerta de la sacristía.

Acompañábale el capitán austriaco Joaquín de Colonna, barón de Fels. Tomaron ambos una senda que conducía a Grüsch, sustrayéndose a sus enemigos por una curva del camino. Llegados al campo de Seljanas, a un tiro de fusil de Seewis, cayó sobre ellos una banda de rebeldes. El oficial fué conducido al castillo de Salis en Seewis, y los amotinados, armados de espadas, horcas y porras, cayeron sobre el Padre más fieros que el león cuando se arroja sobre su presa. ¿Aceptáis o no nuestra fé? dícele uno de ellos. «Yo no he venido aquí para hacerme hereje, respondió con calma, sino para extirpar la herejía y devolveros la verdadera religión católica. Espero y confío firmemente que volvereis á abrazar la fé de vuestros padres.» Desenvainó uno la espada y la hizo vibrar en el aire, cayendo sobre la cabeza del P. Fidel. «¡Jesús, María! exclamaba este, venid en mi ayuda» y cayó de rodillas bañado en su propia sangre.

La escena que siguió es digna de caníbales. La rabia de éstos tigres no podía saciarse: todos cayeron sobre él, golpeándole con sus armas. El mártir no perdía por eso la tranquilidad de su espíritu ni la serenidad de su rostro. Tendido sobre la tierra, fijos los ojos en el Cielo, murmuraba con voz apagada. *¡Perdona, Señor, a mis enemigos! Jesús, María, asistidme!* Eran sobre las once de la mañana del 24 de Abril de 1622.

A esa misma hora el P. Juan, que había quedado en Grüşch, volvía a casa después de celebrar la Santa Misa. Al momento vióse rodeado de foragidos armados, dispuestos a hacer con él lo que sus correligionarios habían hecho con su Superior. Uno de los asesinos tiró de la espada e iba a hundirla en la cabeza del Padre, cuando llegaron dos nobles protestantes, Abundio de Salis y el jefe Jenett, quienes con peligro de su vida, lo arrancaron de las manos de los verdugos. Aún pudo uno de éstos asestarle un golpe tan violento, que el P. Juan perdió el conocimiento. Creyéndole muerto, dejóle el asesino bañado en su propia sangre. Los dos generosos protestantes transportaron la víctima semimuerta al castillo de Abundio, donde este noble señor le prodigó todo género de cuidados, hasta su completa cu-

ración. Pero volvamos a nuestro mártir.

«Cuando hubo cesado el estrépito de las armas, dice un testigo, me dirigí al campo de Seljanas. Allí ví al Santo, tendido y ya moribundo. Cuando yo le miré deshecho en lágrimas, levantó los ojos al Cielo, respiró profundamente tres veces, y su alma voló a las eternas mansiones de la gloria. Después que hubo expirado, me acerqué y lo examiné más detenidamente. En la cabeza, cubierta en parte por el capucho, veíanse dos grandes heridas; otros dos golpes habían herido la tibia de una pierna, y su sangre enrojeció la tierra.»

Dice la tradición que en el momento que expiró el Santo, brotó milagrosamente una fuente en el lugar de su martirio. Esta fuente no se ha secado nunca, y aun en nuestros días se la llama *Fuente de San Fidel*.

Habían escrito sus verdugos: «Hoy predicarás, mas será la última vez.» El Todopoderoso se ríe de sus negros deseos. Desde la tumba seguirá San Fidel sus conquistas, y su voz resonará desde el Cielo.



CAPITULO XXIII

Manifestaciones de ultratumba



MIENTRAS que el P. Fidel caía en Seljanas a los golpes de sus asesinos, su hermano, el P. Apolinar, predicaba en aquella misma hora en Costanza, en la iglesia de los Jesuitas, con motivo de la canonización de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier. De repente sintió un dolor agudo y una fuerte opresión en la cabeza; le faltó la voz, iba debilitándose la respiración, y cayó en un síncope. Vuelto en sí, continuó su discurso con la misma energía que antes. Preguntado después por los religiosos qué le había pasado, «parecíame, contestó, que se me partía la cabeza y que me la traspasaban con agudos clavos.» Cuando llegó la noticia del martirio de San Fidel, comprobaron que sucedió el fenómeno a la misma hora en que se cometía en Seewis el crimen sacrilego. Dios le había concedido alguna parte de los sufrimientos de su hermano.

Don Plácido Vigell, Abad de los Benedictinos de Mehrerau, amigo íntimo de San Fi-

del, tuvo otro conocimiento análogo. Estando en su habitación, «entraron, dice, dos Capuchinos envueltos en una claridad maravillosa. Uno era el P. Fidel; lo reconocí perfectamente. Levantarme y correr a su encuentro fué cosa de un segundo. Me incliné para besar el borde de su hábito, según costumbre; más él se retiró, sin decir palabra; pregunté a mi amigo la causa de este silencio y desaparecieron los dos Capuchinos sin responderme. «El Padre Fidel ha sido asesinado por los herejes,» dije después, convencido, a mis religiosos. El correo trajo a poco la noticia de su martirio.»

En la misma hora en que expiraba el Santo en Seljanas, vióle un religioso de gran virtud subir al Cielo vestido de púrpura y resplandeciente como el sol. En la noche que siguió a su martirio, aparecióse a otro religioso, con el mismo hábito que llevaba en el momento de morir.

Poco después de su martirio, volvieron los grisonos a tomar las armas y saquearon algunos pueblos sometidos al Austria. Los habitantes de Feldkirch temblaban ante la idea de una invasión de su ciudad. Estando Fr. Meinrad orando delante de un crucifijo por la suerte de la ciudad y del convento, apareciósele el Santo radiante de luz: «No temais la revolución

de Recia, le dijo; Dios os guardará a todos, a vosotros y a la ciudad de Feldkirch. Los revoltosos serán castigados a su tiempo.» Dicho esto, desapareció. La profecía se cumplió al pié de la letra.

A una enferma, llamada María Salomón, atormentada horriblemente por el espíritu maligno, se le apareció San Fidel, dirigiéndole palabras de consuelo y animándola a sufrir por Dios. Esta señora, que hasta entonces había vivido desesperada y había llegado hasta escupir al crucifijo, después de esta aparición no se hartaba de dar gracias a Dios por los sufrimientos, y cinco días más tarde entregaba su alma a Dios, repitiendo el nombre del P. Fidel.

El Archiduque de Austria, irritado ante la obstinación de los revolucionarios, resolvió acabar con un golpe decisivo, contando con la protección del Santo. Una aparición vino a confirmar sus esperanzas. El 6 de Mayo de 1622 los generales de Tilly y González de Córdoba marchaban contra el margrave de Baden-Durbach, aliado de los herejes de la Alta-Recia.

Durante el combate aparecieron dos Capuchinos a caballo en ademán de acometer a los herejes. Espantados éstos, emprendieron la fuga, sufriendo un desastre completo. Católi-

cos y protestantes afirmaron que uno de los religiosos era el P. Fidel.

Lleno de confianza el Archiduque reunió un numeroso ejército que puso al mando del Conde Alwig de Sulz. Este jefe llevó consigo a dos Capuchinos, al P. Alejo, sucesor del Padre Fidel y al P. David, en calidad de Capellanes, quienes bendijeron al ejército antes de entrar en combate. Al iniciarse la refriega apareció entre los dos Capellanes que marchaban a la cabeza del ejército, un tercer Capuchino armado de espada y con el rostro airado. Reconocido fué por los enemigos; era el P. Fidel. Elevóse por los aires haciendo frente a los herejes y amenazándoles con su espada. Sobrecogidos de terror, diéronse a la fuga. Rodolfo de Salis, general del ejército enemigo, exclamó: «Ved ahí el fraile que hemos matado. El es quien combate contra nosotros. Ahora sufrimos el castigo de nuestra crueldad.»

El Conde Awig corría de victoria en victoria; atravesó el Baltasna y el Scaletta, y después de algunos gloriosos combates, llegó a Dischmathale el 3 de Septiembre.

Confiados los austriacos y no sospechando ninguna resistencia de parte de los habitantes del Prätigau, se desparramaron en busca del botín. Pronto circuló una nueva siniestra. Los

enemigos se preparaban para entrar en combate. Alwig dió la señal. Ay! era demasiado tarde: los soldados no oyeron la señal. Atacaron los rebeldes con tal ímpetu, que los austriacos viéronse obligados a replegarse. Llegaron nuevos soldados y probaron una nueva resistencia: todo fué en vano. Los austriacos viéronse envueltos por los enemigos.

Alwig, desesperado y con las lágrimas en los ojos, contempla por última vez a sus queridos soldados que iban a ser presa de los bárbaros. Seguros de vencer, luchan los herejes con una alegría feroz. De repente, sobrecogidos de espanto, arrojan las armas y emprenden la fuga en completo desorden. Reanimados los austriacos, persiguen a los fugitivos, haciendo en ellos horrible carnicería. ¿Qué es lo que había sucedido? La Virgen Santísima y San Fidel habíanse aparecido en ademán de amenazar a los protestantes.

De este modo continuaba San Fidel sus conquistas aun después de muerto.



CAPITULO XXIV

La tumba

MIENTRAS que San Fidel manifestaba su gloria y poder, su cuerpo yacía insepulto en el campo de Seljanas.

Después del medio día del 24 de Abril los soldados hechos prisioneros en Grusch fueron conducidos por los rebeldes a la prisión central. De propósito hiciéronles pasar junto al cuerpo del mártir y los detuvieron allí algunos instantes, lanzando blasfemias y dándose a bromas indecentes.

Sería injusto decir que todos los herejes estaban animados de los mismos sentimientos contra el Santo. El pueblo bajo, salvo raras excepciones, aplaudían el asesinato; los demás lo deploraban y hablaban de la víctima como de un Santo y aun derramaban sinceras lágrimas.

El 25 de Abril, el sacristán protestante Johannis, pagado por el barón de Fels, dió sepultura al santo Mártir y plantó una cruz; en-

tregó al P. Juan de Krunwangen el manto, el breviario, el cordón y algunos otros objetos que usaba el Santo; todo fué llevado al convento de Feldkirch.

Algunos días después, los soldados católicos acudieron en peregrinación a visitar el sepulcro, y quedaron admirados al contemplar en él una flor desconocida, de rara belleza, que exhalaba delicioso perfume. Sometida al exámen de celebridades en botánica, confesaron con juramento que jamás habían visto una flor semejante, que era una flor milagrosa.

Seis meses más tarde estaba en calma el Prätigau, gracias al valor de los austriacos y sobre todo a la protección de San Fidel. La diócesis de Coira y la Provincia Capuchina de Suiza aprovecharon esta calma para trasladar los restos del santo Mártir a un lugar más decente y accesible a la piedad de los católicos.

En el mes de Octubre el P. Alejo designó cinco religiosos para ir a reconocer el cuerpo del Mártir. Allí encontraron la flor milagrosa, que cortaron con suma devoción. Al abrir el sepulcro experimentaron todos una viva emoción de felicidad. El cadáver estaba todavía fresco, como el día de su muerte y exhalaba un olor suavísimo. En el lado derecho aparecían las costillas hundidas y rotas, una gran

herida en el pié izquierdo, la piel separada y rasgada, al lado derecho de la cabeza dos grandes aberturas; en el lado izquierdo del hábito veintidos agujeros hechos con las armas. «¡Qué crueles habeis sido con este buen Padre! dijo Fr. Meinrad a dos herejes presentes a la ceremonia. Ambos protestaron de la crueldad de sus correligionarios.

- Tomaron los religiosos la cabeza y la mano izquierda que estaban separados del cuerpo, algunos trozos del hábito, la cuerda, las sandalias, una cruz española que llevaba siempre al pecho, el *Agnus Dei* y la Regla que encontraron sobre el cuerpo del Santo. Cerrado el sepulcro, volvieron a Feldkirch y depositaron aquellas venerandas reliquias en su convento.

El P. Provincial decidió trasladar el precioso cuerpo. Reclamaba el Obispo de Coira para su Catedral el cuerpo entero del Santo sin exceptuar las reliquias que guardaba el convento de Feldkirch. Los religiosos por su parte reivindicaban el derecho de poseer todo el cuerpo de su hermano. Exento como ellos de la jurisdicción del Obispo, había sido *de ellos* en vida, y *de ellos* debía ser después de muerto. Prevaleció la razón del más fuerte, si bien con una transacción. Los Capuchinos de

Feldkirch conservarían las reliquias que habían trasladado a su convento; y el resto del cuerpo sería trasladado a la Catedral de Coira.

Los mismos religiosos que hicieron anteriormente el reconocimiento del cadáver, lo colocaron ahora en un doble féretro y lo llevaron primero a Mayenfeld, depositándolo en el palacio del Conde Alwig.

Al día siguiente, 20 de Octubre, declaróse a media noche un incendio en la ciudad. Merced a un viento violento, Mayenfeld quedó pronto convertido en un océano de llamas. El palacio del general fué alcanzado por los cuatro costados: el acceso al castillo era imposible. Desesperado el Conde Alwig, ábrese paso a través de las llamas y seguido de dos soldados vuela a la habitación donde estaba depositado el cuerpo del Santo. ¡Oh milagro! Olas inmensas de llamas arremolinábanse en torno de la habitación sin tocarla; más bien parecía que estaban acariciándola. Animados con este prodigio, fuerzan la puerta, apodéranse del féretro, y volviendo por entre llamas, van a colocarlo en lugar seguro.

Continuando el fuego su marcha irresistible, amenazaba llegar al fuerte, donde estaban almacenadas todas las municiones de guerra. Cuarenta toneladas de pólvora, y para colmo

de la desgracia, había cierta cantidad extendida por el suelo. Unos minutos más y volaría todo hecho añicos. Ante el inminente peligro, los soldados emprendieron la fuga. «Gran Dios, exclamó el general levantando los ojos y las manos al Cielo, si el P. Fidel es verdaderamente un Santo, os suplico por sus méritos que salveis el fuerte! ¡Salvadnos!»

Se levantó al instante un viento contrario que alejó las llamas en dirección opuesta. Obedeciendo las órdenes de Alwig, vuelven los soldados y entran en el fuerte, siendo testigos de un estupendo milagro: en medio de la pólvora extendida por el suelo encontraron carbones todavía encendidos sin haberla inflamado. Entonaron todos un canto de amor y gratitud al glorioso Mártir.

El Conde Alwig no se daba gran prisa para separarse de aquel riquísimo tesoro y fueron necesarios varios avisos y apariciones del Santo para decidir la traslación de su cuerpo, que se llevó a cabo en los días 4 y 5 de Noviembre de 1622.

Cuentan los historiadores que jamás presenciaron los montañeses de Suiza una solemnidad tan grande. El general de S. M. I. colocó el cuerpo del Santo en un carro cubierto de los más ricos tapices y arrastrado por sus me-

jores caballos pomposamente enjaezados. Las tropas del Emperador, movilizadas para esta ceremonia, formaban filas a los dos lados del trayecto. El Obispo de Coira salió a cierta distancia de la ciudad al frente de todo el Clero y de inmensa multitud de fieles. De todos los pechos se escapaban cánticos de triunfo. Entró el féretro en la ciudad a los acordes de las bandas militares y entre las aclamaciones del pueblo. Dábanle escolta los jefes a pié y con hachas encendidas, mandados por el Conde Alwig de Subz; seguían luego los miembros del Gobierno y cerraban la marcha numerosos regimientos de caballería e infantería que marchaban a tambor batiente y banderas desplegadas, mientras que las trompetas, óboes, timbales y demás instrumentos músicos lanzaban al aire sus armonías, cual si celebraran las glorias de un vencedor.

Cuando llegó el cortejo a las puertas de la ciudad se echaron a vuelo las campanas para saludar al glorioso Mártir. Hízose la entrada con un esplendor imponderable. Las calles estaban tapizadas con todo lo más precioso que nobles y plebeyos tenían en sus casas. Era tal la iluminación que las ventanas parecían de fuego y toda la ciudad un ascua. Al canto de los sacerdotes, al estampido de los cañones y a las suaves armonías de la música, uníanse los gri-

tos de alegría de todo el pueblo. Este admirable concierto denunciaba a las claras los amorosos trasportes de éstos pueblos hacia el Santo. Todos a una voz proclamaban que el heroico misionero era «el honor de su nación, el defensor de la religión, el angel tutelar de la patria.»

Después de la ceremonia, los jefes depositaron el féretro en la cripta, bajo el altar mayor, en presencia del obispo y del clero. Desde entonces acuden allí millones de fieles a implorar el favor del gran héroe de la fe.

La primera sepultura, la de Seljanas, quedó propiedad de los protestantes hasta 1897 en que la adquirieron los Capuchinos de Suiza: levantaron estos una capilla en la que se celebró la primera misa el 13 de Julio de 1899 ante una concurrencia inmensa de peregrinos. Desde 1622 no se había celebrado la santa misa en aquella comarca invadida por la herejía.



CAPITULO XXV

Milagros



cualquiera que lea la lista interminable de milagros obrados por intercesión de San Fidel le viene a la memoria aquel elogio de Jesucristo: «Los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, oyen los sordos y resucitan los muertos.» El P. Luciano de Montifón en una obra publicada cincuenta y dos años después de la muerte de San Fidel hace relación de trescientos y cinco milagros que fueron insertados, especificados y bien circunstanciados en los procesos verbales preparatorios para su beatificación. Veamos algunos.

«Muchas son las gracias que tengo recibidas por intercesión del santo Mártir, escribe el capitán Joaquín de Colonna, entre otras la libertad de mi prisión. Estando en la prisión de Grüşch penetraron en ella unos bandidos gritando: ¡*Muera!* Estaban ya para herirme

cuando invoqué al P. Fidel; inmediatamente los malhechores emprendieron la fuga.

Otro día se me presentó otro insurrecto en tono amenazador y una súplica hecha al P. Fidel bastó para ahuyentarlo. Aquella misma noche fué él sorprendido por la muerte. Al pasar el cadáver bajo las ventanas de mi prisión, díjome el carcelero lleno de espanto: «¡Ved ahí el que os amenazaba de muerte!» Poco después abríanse las puertas de mi prisión y recobraba yo la libertad.

El P. Juan de Kruwangen curó en Feldkirch a una pobre demente aplicándole el cordón del P. Fidel.

Nicolás Hammerer, secretario de Estado en Constanza sufría violenta enfermedad articular. Fué a visitarlo el P. Apolinar, hermano del Santo y le rogó le mostrase los pies: tocólos disimuladamente con su manto (era el que había usado San Fidel) y se despidió del enfermo.

La hija de este señor, niña de nueve años, tenía un ojo que no podía abrir. Salió esta niña a despedir al P. Apolinar y este, simulando acariciarla, tocóla el ojo enfermo con un huesito de la mano izquierda de San Fidel, que siempre llevaba consigo y fuese al convento. Nicolás, sintiéndose aliviado luego de la salida del Padre, dejó la cama y pudo pasear en

su casa. Al día siguiente fué a saludarle su hija radiante de alegría: «¡Papá papá! le dijo, mira mi ojo; ya veo con él, ya estoy curada».

En Rankweil la niña Catalina Taunin estaba jugando con un cuchillo y se clavó la punta en un ojo, traspasándole la pupila. Desahuciada de los oculistas más eminentes, llevóla su madre a la iglesia de los Capuchinos de Feldkirch e hizo que los religiosos pusieron el cráneo de San Fidel en contacto con el ojo herido. Al llegar a su casa examinó el ojo de su hija y vió que no tenía la menor cicatriz; la niña veía perfecta mente.

Otra niña, Ana Smid, de Geinsengen, había perdido el habla a consecuencia de unas úlceras que le habían interesado toda la boca. Agotados inutilmente todos los recursos humanos, las reliquias del Santo pudieron lo que no habían podido los médicos de la tierra, devolver el habla a la enferma.

La hija de Nicolás Walser, que estaba al servicio de la condesa Fuggerin como señorita de compañía, habíase quedado enteramente sorda. Sus padres pusieron por obra todos los medios que estaban a su alcance. No encontrando remedio humano para la enfermedad de su hija, llevaron a esta a Einsiedeln el célebre santuario de Nuestra Señora de los Ermitaños. La Santísima Virgen no creyó con-

veniente intervenir. Dios reservaba la gloria de este milago a su fiel servidor. Arrodillada la enferma en su habitación con la imagen de San Fidel en sus manos, suplicóle le otorgara la curación. Dios oyó aquella súplica y desapareció de repente la sordera.

El niño José Kygner fué atacado de la viruela antes de cumplir un año de edad. Desapareció la enfermedad, pero dejó en aquel cuerpo recuerdos más fatales todavía: las dos tibias se le doblaron formando dos curvas muy pronunciadas, y en las articulaciones se le formaron nudos de gran tamaño y sobremanera duros. Más adelante, el niño tuvo que servirse de dos muletas y aun a duras penas podía andar.

Por aquel tiempo (1729) celebraban los Capuchinos de Friburgo solemnes fiestas con motivo de la beatificación del glorioso mártir de los Grisones. La señora Kyrner, impedida por una enfermedad, no pudo asistir a estas fiestas, y se contentó con rogar fervorosamente al Bienaventurado en favor de su hijo, prometiéndole llevarlo a la iglesia del convento tan pronto como la enfermedad se lo permitiese. En cumplimiento de su palabra, llevó la madre su niño enfermo a visitar las reliquias del glorioso mártir por tres veces.

A la tercera vez, el niño José, fijos los ojos en la imagen del Santo, sintió afianzarse sus piernas, se levantó, arrojó las muletas y empezó a saltar en la iglesia lleno como estaba de inmensa alegría. Habíase curado radicalmente.

El P. Cándido de Milán estaba abrumado de una verdadera legión de enfermedades. En lo más recio de las convulsiones que padecía arrastrábase por tierra y daba con la cabeza contra las paredes. Durábanle estos accesos cuatro o cinco horas, y a veces días y noches enteras, lanzando gritos, mejor dicho, aullidos espantosos. Cuanto comía o bebía lanzábalo al instante. Diez años duraron estas torturas siendo la desesperación de las eminencias médicas.

La víspera del domingo de Ramos, suplicó el enfermo al P. Fidel le obtuviera la gracia de pasar tranquilo la noche y le librara de los vómitos a fin de poder comulgar el día siguiente. El Santo oyó su oración. El P. Cándido tomó su cena, durmió tranquilo y el domingo pudo celebrar misa y asistir a todas las ceremonias de la iglesia; comió con buen apetito, calzó sandalias, cosa que no había podido hacer en diez años. y en adelante siguió en todo a la comunidad. Benedicto XIV menciona estos dos últimos milagros en la Bula de canonización del P. Fidel.

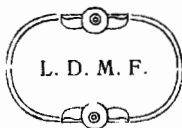
Las reliquias del santo Mártir libraron a Catalina Kumpflez de una legión de demonios y resucitaron a varios muertos. El P. Luciano cuenta seis niños que volvieron a la vida por intercesión de San Fidel.

Por la lectura de la vida de San Fidel se resolvió el Beato Diego José de Cádiz a ser Capuchino y misionero.

La Iglesia no podía tardar en elevar a los altares a éste siervo de Dios. La cristiandad pedía con instancia. A los Obispos y Cardenales uníanse los Príncipes, Reyes y Emperadores para pedir al Vicario de Cristo su pronta beatificación. Benedicto XIII hizo justicia a todos estos deseos, promulgando el decreto de su beatificación, que se celebró el 29 de Marzo de 1729, ante inmensa concurrencia de peregrinos, en la iglesia de San Juan de Letrán. Benedicto XIV promulgó solemnemente la Bula de canonización el 29 de Junio de 1746, en presencia de 30 Cardenales, 150 Obispos, 3.000 eclesiásticos, 4.000 religiosos é innumerable multitud de fieles.

Clemente XIV, siguiendo el ejemplo de sus predecesores Benedicto XIII y Benedicto XIV, lo declaró Apóstol de los Grisones y Protomártir de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide.

¡Glorioso San Fidel! Desde el alto Cielo donde reináis con Cristo vencedor, dirigid vuestras miradas sobre los hermanos que tenéis en la tierra. Son incesantes nuestras luchas, encarnizados nuestros enemigos. Desenvainad contra ellos la espada de vuestro poder. Haced que permanezcamos fieles hasta la muerte, a fin de que seamos dignos de la corona eterna en el Reino de los Cielos.





INDICE

	Al lector	PAG. 7
CAP. I	Aurora de una vida santa	9
« II	El estudiante	12
« III	De viaje	15
« IV	El abogado	19
« V	En el Paraíso terrenal	23
« VI	Alistamiento sagrado	26
« VII	El predicador	29
« VIII	Constelación de virtudes	32
« IX	Devoción a María	36
« X	El capellán militar	38
« XI	El Padre de la Patria	41
« XII	Taumaturgo y Profeta	44
« XIII	El campo de batalla	47
« XIV	Primeros combates	50
« XV	En el Prätigau	53
« XVI	Siempre el enemigo	56
« XVII	Insurrección sangrienta	59
« XVIII	La Sagrada Congrega- ción de la Propaganda	63
« XIX	Adios a Feldkirch	66
« XX	Ultimos días	69
« XXI	Lobos y corderos	73
« XXII	Muerte sangrienta	77
« XXIII	Manifestaciones de ul- tratumba	83
« XXIV	La tumba	88
« XXV	Milagros	95





